

CÉSAR AIRA

Las curas milagrosas del Doctor Aira



Las curas milagrosas del Doctor Aira, una novela de casi cien páginas de ritmo frenético, escrita por el argentino César Aira en 1996 y publicada dos años después por una pequeña editorial independiente. Su protagonista, el doctor Aira, ha desarrollado un método infalible para curar cualquier tipo de enfermedades: sus famosas «curas milagrosas» de las que ya se habla en toda la ciudad. Sólo hay un pero: el doctor Aira todavía no ha aplicado su método a ningún paciente. Un médico rival convertido en su archienemigo, el doctor Actyn, intentará acabar con su prestigio demostrando que las curas milagrosas son un fraude y, para ello, le pondrá al protagonista mil y una trampas (repentinos enfermos terminales que se cruzan en su camino...) para intentar desenmascararlo.

Lectulandia

César Aira

**Las curas milagrosas del Doctor
Aira**

ePub r1.0
lenny 06.04.2019

Título original: *Las curas milagrosas del Doctor Aira*
César Aira, 1998
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Las curas milagrosas del Doctor Aira

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Sobre el autor

I

Un día, al amanecer, el Doctor Aira se encontró caminando por una calle arbolada de un barrio de Buenos Aires. Sufría de una especie de sonambulismo y no se le hacía demasiado raro recuperar la conciencia de sí mismo en callecitas extrañas que en realidad conocía bien, porque todas eran iguales. Su vida era la de un caminador a medias distraído, a medias atento (a medias ausente, a medias presente), que en esas alternancias iba creando su continuidad, es decir su estilo, o en otra palabra, y cerrando el círculo, su vida; y así sería hasta que su vida llegara al final, cuando se muriera. Como ya bordeaba los cincuenta años, ese término, cercano o lejano, podía suceder en cualquier momento.

Un hermoso cedro del Líbano, en la vereda de un chalecito pretencioso, alzaba su redonda copa orgullosa en el aire gris rosado. Se detuvo a contemplarlo, transido de admiración y cariño. Le dirigió *in pectore* un pequeño discurso, en el que se mezclaban el elogio, la devoción (el pedido de protección) y, curiosamente, algunos rasgos descriptivos; porque había notado que la devoción con el tiempo tendía a hacerse un poco abstracta y automática. En este caso notó que la copa del árbol estaba pelada y poblada a la vez; se veía el cielo a través de ella, pero tenía hojas. Poniéndose en puntas de pie para acercar la cara a las ramas bajas (era muy miope) vio que las hojas, que eran como plumitas de un verde oliváceo, estaban a medias enroscadas sobre sí mismas; quizás las perdería más adelante; estaban a fines del otoño, y los árboles resistían penosamente.

«Yo no creo, sinceramente, que la humanidad pueda seguir mucho tiempo más por este camino. Nuestra especie ha llegado a un punto tal de predominio en el planeta que ya no debe enfrentar ninguna amenaza seria, y es como si no nos quedara más que seguir viviendo, disfrutando de lo que podamos, sin ninguna apuesta vital en juego. Y seguimos avanzando en esa dirección, asegurando lo ya seguro. En todo avance, o retroceso, por gradual que sea, se atraviesan umbrales irreversibles, y quién sabe cuáles hemos cruzado ya, o estamos cruzando en este preciso momento. Umbrales que podrían hacer

reaccionar a la Naturaleza, entendiendo por Naturaleza el mecanismo regulador general de la vida. Quizás esta frivolidad a la que hemos llegado la irrite, quizás ella no puede permitirse que una especie, ni siquiera la nuestra, se libere de sus necesidades básicas de especie... Estoy personalizando abusivamente, por supuesto, hipostasiando y externalizando fuerzas que están en nosotros mismos, pero yo me entiendo de todos modos.»

¡Qué cosas para decirle a un árbol!

«Y no es que esté profetizando nada, y menos que nada catástrofes o plagas, ni siquiera de las sutiles, ¡qué va! Si mi razonamiento es correcto, los mecanismos correctivos están sucediendo dentro del bienestar y como parte de él... Pero no sé cómo.»

Había seguido caminando y ya estaba lejos del arbolito. Cada tanto se volvía a detener y clavaba la vista con gesto de profunda concentración en un punto cualquiera del vecindario que lo rodeaba. Eran unas frenadas súbitas, que duraban cosa de medio minuto, y no parecían responder a ninguna regularidad. Sólo él sabía a qué obedecían, y era improbable que alguna vez fuera a decírselo a nadie. Eran paradas de vergüenza; coincidían con el recuerdo, que emergía en las volutas de su divagación ociosa, de algún papelón. No es que se complaciera en esos recuerdos, todo lo contrario; no podía impedir que surgieran de pronto, en la marea mental. Y su aparición tenía tanto vigor que le paralizaba las piernas, lo detenía, y debía esperar un momento hasta tomar nuevo impulso y seguir su marcha. Del bochorno del pasado lo sacaba el tiempo... Ya lo había sacado, lo había traído al presente. Los papelones eran detenciones del tiempo, ahí se coagulaba todo. Eran sólo recuerdos; estaban guardados en la más inviolable de las cajas fuertes, la que ningún extraño puede abrir.

Eran pequeñas desgracias ridículas perfectamente privadas, torpezas, metidas de pata, que no le concernían más que a él; le habían quedado grabadas, como grumos de sentido en la corriente de los acontecimientos. Por algún motivo eran irreductibles. Se resistían a toda traducción, por ejemplo a un pasaje al presente. Cuando se hacían presentes, lo paralizaban en su actividad sonambúlica, que era la que las sacaba de su escondite laberíntico de pasado. Cuanto más caminaba, más probabilidad había de que pescara una, contra su voluntad. Lo cual volvía sus interminables paseos recorridas del dédalo bifurcado de su pasada juventud. Quizás había una regularidad después de todo, haciendo alguna clase de dibujo en el espacio-tiempo, con las detenciones creando una distancia vacía... Pero no podría resolver el extraño teorema si no llegaba a explicarse por qué su marcha se interrumpía

cuando asomaba un recuerdo de esa naturaleza; que se quedara mirando fijo algún punto podía explicarse como un intento de disimular, como si ese punto le interesara tanto que lo obligara a detenerse. Pero la detención en sí, la relación entre papelón e inmovilidad, seguía oscura, como no recurriera a interpretaciones psicológicas. Quizás la clave estaba en la naturaleza misma de aquellos momentos embarazosos, en su esencia o común denominador. Si era así, lo que estaba actuando era la compulsión a la repetición en su aspecto más puramente formal.

Yendo más a fondo en la cuestión, estaba por supuesto el hecho de que los papelones hubieran ocurrido. A todos les pasan. Son un accidente inevitable de la sociabilidad, y el único remedio es el olvido. El único, realmente, porque el tiempo no vuelve atrás y no se puede corregirlos o borrarlos. Como en su caso no podía contar con el olvido (tenía una memoria de elefante) había recurrido a la soledad, a una casi completa enajenación de sus semejantes, así al menos se aseguraba de minimizar los efectos de su incurable torpeza, de su aturdimiento. Y el sonambulismo, en otro nivel de su conciencia y sus intenciones, debía de ir en la misma dirección; como una redención *a posteriori*, si era cierto que el sonámbulo actuaba con la elegancia de la perfecta eficacia.

Para ser sincero consigo mismo, debía reconocer que no se trataba sólo de papelones; aquí el común denominador se ampliaba a lo largo de una línea más bien sinuosa que no resultaba fácil seguir. O bien había que ampliar la definición del papelón: porque también podía tratarse de pequeñas villanías, mezquindades, errores de cálculo, cobardías, en fin, todo el alimento de la vergüenza íntima y retrospectiva. Y no es que se culpaba (aunque una voz interior gritaba durante esos altos: «¡Qué boludo! ¡Qué boludo!»), porque reconocía su calidad de inevitables, en el momento en que habían sucedido. Al menos le quedaba el consuelo de su insignificancia, porque nunca habían sido crímenes, ni había habido más damnificados que su autoestima.

De todos modos, se había prometido que no le volverían a pasar. Para ello no necesitaba más que mantenerse atento, no precipitarse y actuar siempre según las reglas del honor y la buena educación. En su actividad de curador milagroso, un papelón podía tener consecuencias gravísimas.

En una novela los papelones se preparan con toda deliberación, con ingenio y precauciones tanto más paradójicos que resulta más llano y espontáneo escribir una escena donde todos se comportan con corrección. El Doctor Aira identificaba todo paso en falso moral, intelectual o social con un acto de violencia, que dejaba una herida en la piel eminentemente tersa de su

comportamiento ideal. Era de esos hombres que no conciben la violencia. Aunque sabía que era absurdo, no podía evitar imaginarse que si él se encontrara, por ejemplo, en la caverna de los ladrones, entre los criminales más salvajes, conduciéndose de modo razonable, hablando, oyendo los argumentos ajenos y exponiendo los suyos, podría evitar la violencia. Aun cuando la situación se prestara a ella, aun cuando los ladrones lo hubieran sorprendido espiando... ¿Pero cómo lo iban a sorprender si no mediaba una intrusión previa de su parte? Y se había prometido no meterse nunca más en situaciones que pudieran resultar embarazosas. Es cierto que a esa caverna hipotética podía haber entrado por error, creyéndola vacía y desocupada; ahí intervenía la atención, que debía estar despierta siempre, sin parpadeos. Lo cual era más fácil de decir que de hacer, aunque para lograrlo había una ejercitación, una ascesis, de la que había hecho su programa de vida. Aun así, podía darse el caso milagroso de que él abriera los ojos de pronto y se encontrara en una caverna llena de mercadería robada, y antes de que tuviera tiempo de reaccionar entrara una banda de sujetos mal entrazados... Por supuesto, estaba en pleno campo de lo imaginario, de las probabilidades remotas. Y dentro de ellas, ¿qué le impedía entablar con los ladrones una conversación civilizada, hasta hacerles entender lo que había pasado, la teletransportación, el sonambulismo...? Pero en ese caso los ladrones también serían parte de la ficción, de la teoría, y su éxito persuasivo no tendría ningún valor de demostración. La realidad real estaba hecha de sangre y golpes y gritos y portazos. El glaseado de la cortesía a la larga recibía un arañazo, si no en esta línea causal de hechos, en otra, en la que salía de una bifurcación del tiempo, eso era inevitable.

Un perrazo echado en la entrada de un taller mecánico se levantó al verlo acercarse y le mostró los dientes. Se cubrió de un sudor helado instantáneo. Qué increíble desconsideración la de los dueños de esos animales, que los dejan sueltos en la vereda y responden a cualquier reclamo con el consabido «Es manso, no hace nada». Lo dicen con toda sinceridad, muy convencidos, pero no se han detenido a pensar que el resto del mundo no tiene por qué compartir esa convicción y menos frente a un manto negro del tamaño de una moto, que se le viene encima...

Su primer contacto con el mundo de la medicina paranormal había sido con perros. Durante los años de su infancia, en Coronel Pringles, una ordenanza del intendente Uthurralt había expulsado a estos animales del ejido urbano, sin excepciones ni apelaciones, a la china. Sólo el miedo (era la época de la terrible epidemia de poliomielitis) hizo que fuera obedecido, a despecho

del apego que suele crearse entre amo y mascota. Además, la expulsión tenía un carácter provisional, aunque terminó prolongándose tres años y nadie debió desprenderse realmente de su animal, pues bastó con internarlos en el campo; en un pueblo que vivía de la actividad rural, a nadie le faltaba un pariente o amigo con una chacra en las inmediaciones, y allí fueron a parar los perros. El problema fue que el único veterinario de Pringles quedó apartado de sus pacientes, y si bien aceptaba (no tenía más remedio, si quería seguir trabajando) viajar a atenderlos, el trámite se hacía engorroso y caro. Lo cual era un problema para realizar las castraciones de los cachorros machos que llegaban al estadio reproductor, operaciones tanto más urgentes dadas las circunstancias. Ante la alternativa verdaderamente truculenta de ponerlos en manos de peones que sólo podían hacer una cirugía brutal, al hierro candente y sin la menor precaución aséptica, algunos se pusieron en gastos, otros cerraron los ojos, los más vacilaron... Fue la ocasión que aprovechó un fotógrafo del pueblo, al que apodaban el Loco, para poner en marcha el negocio de unas castraciones a distancia, indoloras, que fueron la sensación pringlense de la temporada. El Doctor Aira, entonces un niño de ocho años, supo del asunto por rumores, monstruosamente deformados en la cámara de ecos de su círculo infantil. En aquella época se hablaba poco de temas semejantes y menos en su familia de clase media decente; sus amiguitos, todos ellos de familias pobres debido a que vivía en un barrio de ranchos, no sufrían de esta desventaja pero la compensaban con la asombrosa ignorancia y credulidad de sus familias.

El método del Loco era de un absurdo ejemplar, pues consistía en una serie bastante larga de inyecciones de penicilina aplicadas al dueño del perro, y el animal quedaba castrado en ausencia. Al menos eso era lo que se podía reconstruir de las historias que corrían. Nunca pudo averiguar más y quizás no había nada más. Tampoco supo de modo fehaciente si alguien se había sometido al extraño tratamiento. Pero con esos datos le bastó para reinventar por su cuenta la posibilidad de la acción a distancia, de la eficacia discontinua, que creaba un nuevo continuo, entre elementos heterogéneos, y todo su paisaje mental se conformó en adelante sobre esa premisa. El método del Loco dejó de usarse (si es que se usó alguna vez en realidad) poco después, en medio de un escándalo de proporciones. Porque en una chacra cerca del pueblo nació un perro sin cabeza, un cocker spaniel cuyo cuerpo se interrumpía en el cuello, y sin embargo estaba vivo y pudo crecer hasta un estadio adulto.

Fue inevitable que la imaginación popular relacionara una cosa con otra, y el Loco, quizás él también asustado por los efectos de sus maniobras, metió violín en bolsa por el momento. El Doctor Aira no sabía qué había pasado con aquel perro; llegado el momento se habría muerto, como cualquier otro perro. Hubo mucha gente del pueblo que lo fue a ver (a él no lo llevaron). Al parecer el animal era muy vivaz: era hiperkinético, además de acéfalo. Su sistema nervioso culminaba en un bulbo en el cuello, y esa protuberancia, como una piedra de Rosetta, estaba cubierta de marcas que representaban a los ojos, la nariz, la boca, las orejas, y con esas escrituras se las arreglaba. En otras circunstancias, el hecho de que semejante monstruo fuera viable habría atraído la atención de científicos del mundo entero; se lo debería haber considerado una especie de milagro. Pero a esos milagros la gente de campo está acostumbrada; o mejor dicho, paradójicamente, estaba acostumbrada antes, en aquel entonces, cuando vivían más aislados, sin radio ni televisión ni revistas; todo su mundo era el pequeño mundo en el que vivían, y sus leyes admitían excepciones y extensiones, como las admite siempre la totalidad.

Si había pasado con un perro, ¿por qué no podía pasar con un hombre? La posibilidad, la posibilidad infinita e infinitamente fantástica, establecía los límites, siempre tan inmediatos, de la razón. Todas esas razones cortesas que él se proponía usar con los ladrones en la caverna se revelaban como una de las formas, apenas, de la contigüidad de las distintas violencias locas de la vida. La razón es uno de los modos de la acción, nada más, sin ningún privilegio especial. Que él la hubiera extendido hasta que cubriera todo, como una panacea para los males de la acción, era apenas un rasgo personal suyo, muy sintomático: lo pintaba de cuerpo entero, pero lo pintaba a él solo y al engaño en que vivía. Porque esos personajes eminentemente razonables que él tanto admiraba y que tomaba de modelos (como Mariano Grondona) eran razonables sólo *pour la galerie*, se ganaban la vida con eso, pero además tenían una vida real en la que no eran razonables, o lo eran de forma intermitente y sin rigor, según las circunstancias, como tenía que ser. Para que la acción sirviera, había que salir de lo puramente razonable, que siempre sería un esquema abstracto sin verdadera utilidad práctica.

Se salía mediante el realismo. Claro que el realismo era una representación, pero, por eso mismo, cuando se constituía en un discurso completo podía volverse algo espontáneo, un modo de ser. El realismo era una desviación de lo razonable; la teoría indicaba un camino en línea recta, pero el hombre realista que sabía vivir recorría un camino oblicuo y con vueltas y curvas... cada una de esas separaciones de la línea tenía por

naturaleza y motor el Mal; no importaba que fuera un Mal atenuado y sin consecuencias, su esencia seguía siendo el Mal, tenía que serlo para que la separación fuera efectiva y se produjera el realismo, y a través del realismo se pudiera ver la realidad al fin, la realidad real, tan distinta de las pálidas fantasías de la razón... Quizás ahí, en esa utilidad tan eminentemente benévola, estaba la función del Mal.

Sobre el aire de la quieta mañana de barrio se había montado la sirena de una ambulancia, que parecía apuradísima pero que también parecía andar dando vueltas, ir y venir por esas callecitas desiertas, como si no encontrara su rumbo. Es bien conocido el fenómeno físico por el que una sirena suena muy distinta cuando se acerca y cuando se aleja, aunque las distancias sean iguales. Esa diferencia le permitía reconstruir al Doctor Aira el recorrido intrincado de la ambulancia. Lo había venido haciendo sin darse cuenta de que lo hacía, absorto en otros pensamientos y recuerdos, en los últimos minutos, y ahora, con el perro lanzándose hacia él, comprendía alarmado que el sonido, con todas sus idas y venidas, había trazado la figura de un círculo que se cerraba sobre él... ¡Otra vez la ambulancia maldita, que lo perseguía en el sueño y en la vigilia, en la fantasía y en la realidad, siempre corriendo, con la sirena desatada, por el borde incierto de ambos reinos! Por suerte nunca lo alcanzaba. Como en una pesadilla, que no se consumaba, pero por ello mismo acentuaba su carácter de pesadilla, a último momento, cuando ya estaba a punto de atraparlo, él se evadía por el centro del laberinto, nunca sabía bien cómo... Era en ese instante de supremo peligro, con el terror ya rompiendo las costuras de la realidad, cuando transfería el sentimiento de amenaza a algún otro elemento, como ahora había hecho con el perro, para establecer un continuo y pasar por ese puente al reverso del mismo miedo...

La repentina escalada de la sirena al ultrasonido, acoplada con el chirrido de una frenada a centímetros de él, lo sacaron de su ensoñación. La escena se precipitaba en un presente donde no cabía el pensamiento. Por ello necesitó algunos segundos para entender que la ambulancia lo había encontrado y que no sabía qué hacer. Lo impensable había sucedido, después de todo. El perro, alcanzado en medio del salto por armónicos que sólo él podía oír, cayó dando una voltereta y empezó a girar sobre sí mismo.

Se volvió, reuniendo sus dispersos reflejos de disimulación para darle a la cara una expresión casual, de casi indiferente curiosidad. Dos jóvenes médicos estaban bajando de la ambulancia y se le acercaban (estaban a un paso, de todos modos) con gesto decidido, mientras el chofer, un negro

enorme con uniforme de enfermero, salía por el otro lado y empezaba a dar la vuelta. Se paralizó, lívido y con la boca seca.

—¿El Doctor Aira? —le dijo uno de los médicos, en tono menos de pregunta que de confirmación.

Asintió brevemente con la cabeza. No valía la pena negarse. Seguía sin poder creer que la ambulancia, después de tanto tiempo, de tantos rodeos, le hubiera dado alcance. Pero estaba ahí, materializada y blanca, casi insoportable de tan real. Y a él (las palabras del médico lo probaban) lo sacaba de ese anonimato urbano con el que se ven pasar las ambulancias...

—Lo estábamos buscando desde hace rato, no sabe el trabajo que nos dio.

—En su casa —dijo el otro— nos dijeron que había salido a caminar, y nos largamos a buscarlo...

El chofer, que se reunía al grupo, intervino, jocoso:

—¡Ni por putas se nos ocurrió que había seguido derecho por esta calle!

Los otros soltaron unas risas de compromiso, apurados por ir al grano; los tres habían hablado al mismo tiempo y ya daban por terminada la charla introductoria.

—Soy el Doctor Ferreyra, encantado —dijo uno de los médicos dándole la mano, que el Doctor Aira apretó maquinalmente—. Tenemos un caso desesperado, y han pedido su intervención.

—Venga, seguimos hablando en la «salita de estar» para no perder tiempo.

Y en un instante, con una facilidad inquietante, estaban adentro de la ambulancia y el negro tras el volante, y partían como el relámpago, con la sirena ululando, árboles y casas que se deslizaban como pantallazos, rodeados de los ladridos furiosos del perro... La atención del Doctor Aira colapsaba en el exceso. Los dos jóvenes médicos hablaban todo el tiempo, alternándose o superponiéndose, los ojos encendidos, las caras aniñadas y bonitas cubiertas de un sudor invisible. Los oía (demasiado) pero no registraba sus discursos, cosa que por el momento no lo preocupaba en lo más mínimo porque estaba seguro de que estaban recitando un guión aprendido, que podrían repetir tantas veces como fuera necesario; quizás ya lo estaban repitiendo. Lo primero que se preguntó, cuando pudo volver a pensar, fue por qué se había dejado meter en este vehículo. Se justificó diciendo que era lo más simple, lo que más problemas le evitaba. Ahora sólo tenía que bajarse y volver a su casa; no iban a llevar demasiado lejos esta mascarada, porque pasaría a ser un secuestro y tendrían problemas con la policía. Su única preocupación ahora (y

no presentaba escollos insuperables) era resistir a sus pedidos y sugerencias, negarse a todo.

Cuando algún accidente repentino lo sacaba de sus esquemas, caía en un aturdimiento completo; como le pasaba con bastante frecuencia, había ideado un remedio, y confeccionó un pequeño kit de recuperación, que llevaba siempre en el bolsillo. La teoría que presidía este recurso era devolverle el uso de los sentidos, uno por uno, con la seguridad de que, una vez recuperada la conciencia de los sentidos, las ideas se reordenarían por sí solas. El kit consistía en: una ampolla de perfume francés, cuya tapa de goma tenía una espiga metida en el líquido que al sacarse podía frotar contra las fosas nasales; una campanita de plata del tamaño de un dedal, con manija de madera; un idolillo en forma de osito, de piel de conejo y gorra de terciopelo, para frotar la punta de los dedos; un dado de cuarzo con puntos de colores fosforescentes, eran veintiún puntos, con otros tantos colores; y una pastilla de menta. Estaba tan práctico que podía hacer uso de todo el dispositivo en unos segundos. Lo llevaba en una cajita de lata en el bolsillo del saco. Pero debía hacerlo a escondidas, cosa que era imposible en esta ocasión, así que lo dejó en el bolsillo. Además, no necesitaba recuperar ningún nivel especial de lucidez, todo lo contrario. Sabía que tenía una tendencia a pensar demasiado y podía llegar a caer en sus propias trampas.

La trampa se la estaban poniendo. Sólo debía salir de ella. La trampa consistía en hacerlo pensar, hasta que se convenciera de que no era una trampa.

—Perdón, yo todavía no me presenté —dijo el otro médico—. Soy el Doctor Bianchi.

Se dieron la mano, sin necesidad de estirar los brazos, tan apretados estaban sentados en las banquetas plegables de la parte trasera de la ambulancia.

Eso le indicó que estaban dispuestos a recomenzar las explicaciones, ahora con la ventaja de simular que estaban redondeando detalles que habían quedado oscuros o ambiguos. Y, efectivamente, de lo que siguió el Doctor Aira pudo captar la palabra «Piñero», que había estado esperando sin saberlo. Toda la persecución de la que eran objeto su persona y su arte tenía por cerebro al tenebroso Doctor Actyn, jefe de internos del Hospital Piñero. De ahí partían todos los ataques y celadas, y ahí conducían, al viejo hospital del Bajo de Flores.

Muy bien, ¿de qué se trataba esta vez? ¿Y de qué se iba a tratar? Se lo sabía de memoria: un enfermo terminal, el fracaso de los tratamientos

convencionales, la angustia de la familia... El espectro temático era tan limitado... ¡Siempre lo mismo! Las viejas miserias, tanto más deprimentes cuando se las sacaba de su marco de verdad absoluta, de juego a todo o nada... Porque un médico, a diferencia de su paciente, siempre podía probar otra vez, aun cuando no fuera una ficción, como seguramente lo era aquí. La posibilidad de que fuera una mentira contaminaba la verdad en la que se basaba, el verosímil mismo.

Una cortinilla dividía longitudinalmente la ambulancia. La corrieron: ahí estaba el paciente, amarrado en la camilla. ¡De modo que lo habían traído! ¡Estos miserables no se detenían ante nada! «En la guerra, todo vale», debía de pensar Actyn.

Los dos médicos se inclinaron sobre él, con una preocupación tan intensa, tan profesional, que se olvidaban del Doctor Aira; controlaban el suero, el iris, los monitores de presión, la actividad eléctrica cerebral, el respirador magnético. La ambulancia era una de las nuevas unidades móviles de terapia intensiva. El enfermo era un hombre de unos cuarenta y cinco años, que evidentemente había recibido terapia de radiaciones porque tenía calva la mitad izquierda del cráneo, y la oreja de ese lado había mutado. Casi podía pensarse que era auténtico... Pero no debía pensar. Desvió la mirada a la ventanilla. Habían seguido derecho, por la misma calle donde lo encontraron, siempre muy rápido y con la sirena a todo volumen, atravesaban las bocacalles como una flecha, una, otra, otra... ¿Dónde estarían ya? Las casas, que huían como exhalaciones hacia atrás, eran todas bajas y humildes, de suburbio pobre. Parecían seguir acelerando sin pausa.

Volvió a prestar atención, porque le estaban hablando. Le esbozaban un cuadro clínico de la más extrema gravedad. Era asombrosa la desenvoltura de los dos mediquitos, el vocabulario técnico que manejaban, como si se hubieran criado entre circuitos electrónicos. Todos los aparatos que los rodeaban estaban encendidos, y ellos ilustraban la exposición señalándole una curva parpadeante, un número decimal, un gráfico de insulina tomado en directo. Lo tenían zonificado, en una cuadrícula tridimensional ondulante que se agitaba como un abigarrado cubo de gelatina en uno de los monitores; se orientaban en ella con números, que pulsaban en sus teclados inalámbricos de bolsillo.

—¿Conocía esta tecnología? —le preguntó Ferreyra al notar su estupor—. Opera con vallas evolutivas inducidas, de proteínas duales. ¿Quiere probar? —Le tendía su teclado.

—¡No! Tengo miedo de hacer macanas.

—Ya ve, todas estas maravillas de la ciencia no pueden evitar...

Sí, sí. A otro perro con ese hueso. ¿Dónde estaría la cámara? Seguramente había sido fácil de ocultar, entre tantos aparatos, y Actyn debía de estar viéndolo en este momento, rodeado de sus secuaces, grabando todo. Ahora entendía por qué la ambulancia seguía corriendo en línea recta, sin doblar en ninguna esquina: las curvas debilitaban la emisión de imagen durante unos instantes, y Actyn no quería perderse un solo segundo; eso tenía algo de preocupante para el Doctor Aira, pues le indicaba que todo lo que necesitaban de él era un traspie de un momento...

¿Qué le estaban diciendo? Habían llegado al meollo de la cuestión:

—... sus dones, Doctor Aira, aunque desde nuestro punto de vista estrictamente racional...

Y el otro, al mismo tiempo:

—... todo lo que se puede hacer, se hace, la tecnología ayuda a agotar las posibilidades de acción...

Lo que quería decir era que ese despliegue de aparatos increíbles contribuía a apresurar la intervención de los curanderos mágicos como él, ya que ahora la ciencia médica convencional podía llegar casi de inmediato a su límite infranqueable. Con lo cual establecía un puente entre ellos y él, y verosimilizaba el pedido de intervención que le estaban haciendo.

¿Y cuál podía ser su intervención? Devolver a la vida a un desahuciado. Extraerlo del borde mismo de la muerte. ¡Como si eso tuviera algo de especial! ¿Acaso no era lo que sucedía siempre? ¿No se salvaban todos, *in extremis*? Era el mecanismo normal de interacción del hombre y el mundo: la realidad buscaba una idea más, la buscaba desesperadamente cuando ya todas las ideas habían sido pensadas... y la encontraba a último momento.

Claro que lo que ellos esperaban era lo extraño y pintoresco de la maniobra, el grotesco ritual mágico, el toque ridículo que ellos sabrían hacer resaltar, el papelón que difundirían en los noticieros amarillistas, el fracaso. Y por supuesto que no les daría el gusto.

Porque todo esto equivalía a una «cámara sorpresa» médica, con la diferencia de que ya no podían sorprenderlo; tantas veces lo habían intentado que no les quedaba sino jugarse a la «sorpresa de la sorpresa», a la sospecha que se colaba entre los niveles.

Los miraba hablar, entrando y saliendo de la atención en períodos irregulares, con el resultado de que los dos rostros juveniles y entusiastas, casi frenéticos, que tenía muy cerca del suyo se le hacían irreales. Y lo eran, de eso no tenía ninguna duda, aunque sólo hasta cierto punto; porque

correspondían a dos seres humanos, de carne y hueso. El uso intensivo de las cámaras sorpresa en los últimos años (para hacer bromas de todo tipo, pero también para sorprender a funcionarios corruptos, a comerciantes deshonestos, a evasores fiscales y a infiltrados delictivos en la profesión médica) obligaba a un gasto fenomenal de actores, que no podían repetirse, a riesgo de levantar la perdiz. Siempre debían ser nuevos, a estrenar, no podían haber aparecido nunca antes en una pantalla, ni siquiera como extras, porque, dado el alto grado de suspicacia que había invadido a la sociedad, el menor barrunto de reconocimiento bastaba para echar a perder la maniobra. Y esa misma suspicacia, siempre creciente, hacía que los actores debieran ser cada vez mejores, más creíbles. Era asombroso que no se terminaran; por supuesto, no era necesario que fueran profesionales (con la nueva Ley de Contratos de Trabajo no era requisito indispensable que estuvieran agremiados), pero en los casos en que había mucho en juego debía de ser una decisión difícil poner el éxito o el fracaso de un operativo en manos de un aficionado.

Estos dos eran realmente muy buenos; no sólo manejaban la jerga a la perfección sino que hasta tenían gestos, tics, apostura y voz de médicos... Quizás eran médicos que colaboraban con Actyn por convicción; en ese caso eran reclutas nuevos, porque a los fanáticos de la primera hora el Doctor Aira los conocía a todos. Actyn tenía el prestigio y el carisma necesarios como para seguir consiguiendo nuevos adherentes a su causa, que él podía rubricar como la causa de la Razón y la Decencia. Pero estaba el hecho de que los médicos también eran seres humanos, sujetos a los azares de las enfermedades incurables, y el que se «quemara» frente al Doctor Aira no podría recurrir, llegado el caso desesperado, a sus servicios. De modo que a Actyn no le quedaba más remedio que buscar a sus partidarios activos entre las camadas de médicos más jóvenes, los que menos podían pensar en su peligro personal. Eso explicaba que estos dos fueran tan jóvenes.

Claro que también estaba la posibilidad de que fuera un caso real. Una posibilidad muy remota, de uno en un millón, pero subsistía de todos modos, como posibilidad pura, perdida entre las posibilidades. En otra época, antes de que se perfeccionaran estas malditas tecnologías de espionaje, habría sido al revés: la posibilidad de que fuera una representación habría sido tan improbable que no la habría tomado en cuenta; en aquel entonces, lo que pasaba se daba por real automáticamente. Pero no valía la pena ponerse a lamentar los buenos viejos tiempos, porque las circunstancias históricas hacían un bloque: en los tiempos anteriores todo habría sido distinto; no se podía registrar un papelón para difundirlo *urbi et orbi*, pero los milagros se

aceptaban con naturalidad, porque todavía no se había establecido una frontera precisa entre lo que era milagro y lo que no lo era.

Quizás, si podía confiar en la existencia de una verdadera simetría, ahora que esa frontera estaba bien trazada, podía esperar que empezara a disolverse la complementaria: la que dividía lo que era papelón de lo que no lo era.

Porque el papelón era tributario de la espontaneidad, y sin ella se desvanecía como una ilusión. Por ese lado, Actyn podía haber ido demasiado lejos, y ahora podía estar entrando en una esterilidad automática para todos sus intentos. Desde que decidiera concentrar su fuego contra el Doctor Aira y sus Curas Milagrosas, había ido quemando etapas, sin poder detenerse por causa de la dinámica misma de la guerra, en la que toda la iniciativa estaba por definición de su lado. En realidad las primeras etapas, las de la confrontación directa, el libelo, la difamación y el escarnio, las había superado en un santiamén, condenadas como estaban a la ineficacia. Había entendido que no era el terreno en el que podía obtener resultados. La reconstrucción histórica de un fracaso era imposible por naturaleza; corría el riesgo de reconstruir un éxito. Entonces pasó (pero ése era su propósito inicial, el único que lo justificaba) al intento de crear la escena completa, de sacarla de la nada... No tenía otras armas que las de la representación y hacía años que venía usándolas sin respiro. El Doctor Aira, en el punto de mira, se había acostumbrado a vivir como quien cruza un campo minado, en su caso minado por lo teatral, que estaba explotando todo el tiempo. Por suerte eran explosiones invisibles, intangibles, que lo envolvían como aire. Salir de una trampa no significaba nada, porque era tal la pertinacia de su enemigo que salía a otra trampa, de una representación se despertaba a otra; vivía en un mundo irreal. Nunca podía saber dónde se detendría su perseguidor, y en realidad no se detenía nunca, ante nada. Actyn, a sus ojos, se parecía a esos supervillanos de los cómics, que nunca se proponen menos que el dominio del mundo... con la única diferencia de que en esta aventura se trataba del mundo del Doctor Aira.

Pero, por la ley del círculo, todo desembocaba en su contrario, y la mentira corría, por la gran curva, hacia la verdad, el teatro hacia la realidad... Lo auténtico, lo espontáneo, estaban en el revés de esas transparencias.

A todo esto, la ambulancia seguía corriendo, el perro ladrándole como loco a las ruedas (la onda de la sirena, que seguía ululando, debía de transportar la frecuencia en ultrasonido de la emisión televisada, que el animal captaba), y los dos monigotes seguían perorando. Ahora concentraban su discurso alterno en el paciente, en su circunstancia humana, en su historia.

¿Cómo había llegado este infeliz a su actual estado? Por los caminos habituales, los que un médico podía verificar a diario en el grueso de la población: una dieta antinatural y la exacerbación de las pasiones. Dúo fatal que producía más muertes prematuras que la guerra. Al Doctor Aira le llamó la atención ese vocabulario anticuado y solemne, pero reflexionó que su anacronismo bastaba para sugerir una segunda interpretación, en el otro nivel al que se traduciría todo si él caía; el «dúo fatal» se volvería entonces: el abuso de Garotos y el entusiasmo por el fútbol televisado.

De cualquier modo, lo que decían no tenía más finalidad que la de servir de apoyatura visual para el doblaje que podría hacerse después sobre la filmación. Inclusive podía haber sido planeado para inducir de su parte ciertas respuestas que en el doblaje se volverían réplicas a otras frases; porque la única voz que no doblarían sería la suya, pero el sentido podía cambiarse radicalmente por el contexto, que sí se proponían modificar.

Un concepto se repetía más que los otros: «estado vegetativo». En efecto, el organismo superaba un umbral de descerebramiento, a partir del cual sólo quedaba seguir viviendo, pero ya no actuando sino sólo reaccionando al medio, y entonces sólo podía absorber la acción de la medicina, ya sin posibilidades de asimilarla de modo de transformarla en acción propia. Por supuesto, la palabra podía ser borrada de la cinta, pero si se la pronunciaba en la ambulancia era para darle pie a cierta respuesta. Actyn debía de estar al tanto de sus conversaciones con los árboles (¿cómo se había enterado, el maldito?) y atacaba por ese lado.

Se acordó de un episodio de una vieja novela gótica: un monje con intenciones de apostasía exigía un milagro para seguir en el convento: era una condición imposible porque estaba seguro de que no habría milagro. Su interlocutor le respondía que, si era necesario, Dios haría un milagro para retenerlo en su seno y le pedía que propusiera uno. Estaban sentados en el jardín del convento, al pie de un árbol majestuoso... El monje, un poco al azar, decía: «Que se seque este árbol». Por supuesto, a la mañana siguiente el árbol estaba seco (los monjes, verdaderos Actynes infernales, habían usado un producto químico fulminante). El Doctor Aira habría pedido, *flâneur* impenitente, «que se sequen todos los árboles de Buenos Aires», todo el bosque de extrañas líneas cruzadas por el que se perdía cotidianamente. ¡Y el milagro podía suceder! O directamente sucedía... Después de todo, estaban a fines del otoño.

Se sobresaltó.

—¡Eh!

¿Dónde estaban? ¿Adónde lo estaban llevando? ¿Se habían vuelto locos? ¿La desesperación lo habría llevado a Actyn a pensar seriamente en la violencia? La calle José Bonifacio seguía y seguía, derecho, derecho... Todo el mundo pensaba que las calles de Buenos Aires realmente seguían más allá de la ciudad, y cruzaban el campo, y se volvían las calles de pueblecitos lejanos, y volvían a salir al campo... A través de las ventanillas, que miraba de reojo para no perder de vista a los dos mediquitos, se vislumbraba un espacio infinito, que debía de ser la Pampa. Si lo era, había sucedido algo, fuera de bromas. Nada podía ser más realista y normal que la línea recta, y sin embargo por ella podía hacerse un traslado a lo maravilloso. Tuvo una visión en miniatura dentro de su mente: la ambulancia corriendo por el desierto infinito y vacío, y el perro corriendo al lado de una rueda, ladrando... Habló al fin, interrumpiendo en medio de una frase algún elaborado macaneo; pero ellos se callaron, porque eso era todo lo que querían: que hablara.

—La respuesta es no.

—¿No, qué, doctor?

—No voy a hacer nada por este hombre, ni por nadie. Nunca lo he hecho y ustedes lo saben bien.

—Pero su don, Doctor Aira... Las Curas Milagrosas...

—¡Qué curas ni qué monjas! No sé de qué me están hablando.

—¿Cómo que no sabe? ¿Y de dónde le viene la fama? ¿Por qué todos los desahuciados claman por usted?

—No sé. Yo nunca...

—¿Es un invento de los medios? ¿Para eso anduvimos buscándolo media mañana, perdiendo un tiempo que podríamos haber empleado en una cirugía craneana? No nos dirá que nos ha embaucado.

—Yo no tengo nada que ver. Quiero bajarme.

Cambiaron de táctica súbitamente. Los monitores se pusieron en rojo, y empezaron a soltar unos pitidos que helaban la sangre (seguramente habían tocado con disimulo algún botón). Se arrojaron sobre la camilla gritando:

—¡Un colapso sistémico! ¡Se desagrega! ¡No hay nada que hacer!

A pesar de ese pesimismo, se afanaban como demonios, se gritaban uno al otro, hasta se puteaban, en un ataque de histeria. Le dieron unos planchazos eléctricos al pobre tipo, que se ponía azul, se plisaba, se retorció. Un olor a sustancias químicas raras hizo irrespirable el interior. Adelante el negro aceleraba, como contagiado, y gritaba órdenes incoherentes por el altoparlante de la sirena. Hasta el perro se había enloquecido. En esa indescriptible confusión, Ferreyra volvió la cabeza y le gritó:

—¡Es la última oportunidad, Doctor Aira! ¡Haga algo! ¡Salve una vida!

—No, no... Yo nunca...

—¡Hacé algo, carajo! ¡Se nos va!

Manoteó a sus espaldas el picaporte. Estaba decidido a tirarse en plena marcha, si era necesario. Ellos volvieron a cambiar de táctica. Todos los monitores se apagaron de pronto, y se calmaron como por arte de magia.

—Lo llevamos a su casa, no se haga problemas. El paciente ha fallecido.

—Nos va a tener que firmar una planilla...

—No.

—Es para justificar el uso de la ambulancia.

—Yo no tengo nada que ver.

—Entonces, buenos días.

Se habían detenido. Le abrieron la portezuela. Cuando bajaba, el muerto dijo:

—Pelotudo.

Habría podido jurar que era la voz de Actyn, a quien sólo había visto por la televisión. Pisó la calle y miró a su alrededor. El perro había desaparecido, y la ambulancia ya partía acelerando ruidosamente. Fue sólo en ese momento que sintió una oleada de adrenalina que lo bañaba todo por dentro. El desfasaje, como el de los viajes en avión, la hacía inútil ahora, cuando la ocasión de agarrarse a trompadas con esos farsantes ya había pasado. Siempre le pasaba lo mismo, sus indignaciones, que eran tormentosas, las tenía después, a solas, cuando no podía agarrarse con nadie más que él mismo. Siempre la misma concatenación de tiempo y papelón. Una persona civilizada como él no podía lamentar no haberse liado a trompadas, pero quedaba en suspenso la cuestión de ser un Hombre de verdad y no un escurridizo ratón. Estaba a dos cuadras de su casa. Miró los árboles, los grandes plátanos de José Bonifacio, y se le antojó que eran máquinas diseñadas para triturar el mundo hasta liberar los átomos. Así se sentía, y era el resultado natural del teatro. ¿Quién dijo que la mentira llevaba a la verdad, que la ficción desembocaba en la realidad? La fatalidad del teatro era esa disolución definitiva e irreversible. Ésa era su seriedad, más allá de la liviandad irisada de la ficción.

Pero al menos había salido indemne. Y ésa fue la aventura de esa mañana. Una vez más, el Doctor Aira había escapado de las asechanzas de su pertinaz archienemigo y podía seguir adelante (¿pero por cuánto tiempo?) con su programa de Curas Milagrosas.

II

Ese invierno, desentendido del aspecto material por un golpe de suerte (había ganado una suma de dinero que le permitió tomarse una licencia de diez meses en sus actividades rentadas), el Doctor Aira se dedicó de lleno a la redacción y edición de sus trabajos. La despreocupación no podía ser más que momentánea, porque una vez que se terminara el dinero debería volver a buscar el modo de procurárselo; pero, por una vez en la vida, quería permitirse una absorción completa en su trabajo intelectual, como una especie de monje o sabio desligado de los aspectos prácticos de la existencia. Si no lo hacía ahora, a los cincuenta años, no lo haría nunca.

Efecto de la madurez, en los últimos tiempos había empezado a apreciar en todo su alcance la responsabilidad que le incumbía en tanto creador de materia simbólica (¿y quién no la está creando, de un modo u otro, todo el tiempo?). Porque esa materia era virtualmente eterna, atravesaba el tiempo, para ir a dar forma a los pensamientos futuros. Y no sólo a los pensamientos sino también a todo lo que naciera de ellos. El futuro mismo, el bloque del futuro, no era más que lo encerrado y modelado en esas formas que partían del presente.

Claro que las transformaciones que el viaje en el tiempo inflige a las formas hacen bastante imprevisible su destino. Lo que se hace en un campo puede terminar ejerciendo su influjo en otro, en otro cualquiera, incluso el más lejano e inconexo. De modo que sus esfuerzos en el campo de la salud podían crear, allende los siglos, nuevos estilos en áreas tan ajenas a él como la astrofísica, el deporte o la indumentaria. ¿Pero qué importancia tenía eso? El verdadero fecundador de mundos siembra en el cambio, en el torbellino. De todos modos, la idea lo envolvía en una ensoñación, que en realidad le era connatural, en la que todo se transformaba en todo, por transiciones bellas como obras de arte.

Paradójicamente, la oportunidad que se ofrecía a sí mismo, por el hecho de ser una oportunidad y por serlo de pensar, de elaborar sus pensamientos sin detenerse en consideraciones prácticas, traía consigo una urgencia de acción

práctica, de hacer cosas. De eso se trataba, porque lo otro, la teoría, era lo que había venido haciendo toda su vida, sin que el imperio de las necesidades hubiera aflojado su garra los pocos meses que le habrían bastado para transformar la teoría en objetos tangibles. Estaba en la posición de un poeta que hubiera escrito diez mil poemas, y llegara al punto de tener que pensar seriamente en la edición.

Cosas. Cosas tangibles, que pudieran tomarse en las manos, guardarse en un cajón. El mundo siempre estaba elogiando a la «gente joven que hace cosas», y con razón. Porque el noventa y nueve por ciento del valor de las cosas, de su belleza intrínseca, lo pone el tiempo. Un peine sólo sirve para peinarse (y a un calvo ni siquiera eso); pero un peine de hace doscientos años se vende como un objeto precioso en una casa de antigüedades, y un peine de hace dos mil años se exhibe en un museo y no tiene precio. Por eso en la juventud vale la pena hacer cosas, porque esas cosas son las únicas hechas por nosotros que tenemos la posibilidad, si llegamos a viejos, de alcanzar a ver embellecidas por la pátina del tiempo. Las que se hacen después quedan para las generaciones futuras, y uno se las pierde. El Doctor Aira había dejado pasar la oportunidad y lo lamentaba amargamente. Pero hacer las cosas ahora, a los cincuenta años, quizás le devolvería algún atisbo de juventud; quizás pondría al tiempo de su parte.

Lo primero era activar la edición de sus fascículos de *Curas Milagrosas*. Claro que antes debía escribirlos... Pero al mismo tiempo no necesitaba escribirlos porque en el curso de los últimos años había llenado una increíble cantidad de cuadernos con el desarrollo de sus ideas; tanto había escrito que escribir más, sobre el mismo tema, era directamente imposible; ni aun queriendo. O mejor dicho, era posible, era muy posible; era lo que había venido haciendo año tras año, en el constante «cambio de ideas» que eran sus ideas. Seguir escribiendo o seguir pensando, que era lo mismo, equivalía a seguir transformando sus ideas. Eso le pasaba desde el principio, desde la primera idea. No había más remedio si quería seguir adelante, ya que el tema era siempre el mismo: la Cura por Milagro. La falta de dogmatismo, combinada con la absoluta convicción, le daban a su elaboración psíquica del tema esa plasticidad que lo mantenía en un flujo perpetuo, lo que le daba su inconmensurable ventaja relativa sobre los demás curadores milagrosos, pero a cambio le había impedido concretar nada.

Un problema conexo, en el que había trabajado arduamente, era su negativa de principio a usar ejemplos. La retórica establecida en el género se basaba en la exposición de «casos», casos clínicos, casos sorprendentes, casos

excepcionales... Pero como todos los casos eran excepcionales, aun los más típicos, cualquier texto escrito dentro de este sistema estaba condenado a no ser más que una digresión. Se suponía que a fuerza de ejemplos se terminaba haciendo una ilustración exhaustiva de la idea. Pero para que la idea tuviera algún valor debía poder seguir ilustrándose en otros ejemplos, ¿y entonces dónde quedaba lo exhaustivo? Peor aún, el método en sí de los ejemplos imponía un orden jerárquico entre lo particular y lo general, disposición que no podía ser más opuesta a la esencia de su sistema de curas.

Con todo, debía pensar un tipo de exposición atractivo para el gran público, y la costumbre de los ejemplos estaba demasiado arraigada para evitarla por completo. A fuerza de darle vueltas al asunto se le había ocurrido una solución de compromiso, cual era la de poner en marcha un mecanismo de ejemplos «hágalo-usted-mismo» a cargo del lector. Él se limitaría a un solo ejemplo, un solo «caso», con el que se abriría el primer fascículo (o más bien el número cero), al que volverían después todos los argumentos, invirtiendo de ese modo el nefasto orden de lo general y lo particular.

Ese ejemplo *passe-partout* le había traído muchos dolores de cabeza. No la invención, que era fácil, quizás demasiado fácil, sino la convicción con que podía manejarlo. Para evitar esa facilidad, se quedó con lo primero que le vino a la cabeza y a la larga tuvo que reconocer que había hecho lo correcto. No era un caso propiamente dicho sino más bien una pequeña fábula, que le inspiraron unos guantecitos de lana elásticos que se vendían como «guantes mágicos»; él tenía un par, que usaba en sus caminatas durante el invierno, lo «mágico» que tenían consistía en que ambos eran exactamente iguales, por lo que se podían calzar en la mano derecha o en la izquierda indistintamente. A su vez todos los guantes eran iguales, tenían un tamaño único, y se ajustaban a todas las manos, desde las de una niñita a las de un camionero; igual que en la burla a la simetría bilateral, la adaptabilidad se debía a lo elástico del tejido, y ahí estaba toda la magia. Lo que él imaginó fue la existencia de un par único de verdaderos «guantes mágicos», que serían de un grueso cuero rojo, con forro de piel de conejo de angora, por lo tanto muy voluminosos, y que tendrían como propiedad darles a las manos que se metieran en ellos (pero sólo mientras tuvieran los guantes puestos) el virtuosismo sublime de un Arrau o de una Argerich para tocar el piano... pero no servirían de nada porque obviamente no se puede tocar el piano con guantes, y menos con esos incómodos guantes de abrigo polar. De modo que la gracia milagrosa quedaba al margen de la comprobación, y la teoría a partir de la cual actuaba no era

afectada. Sólo a fuerza de milagros inútiles se podía evitar que la teoría degenerara en dogma.

La elección de la forma «fascículo» obedecía a razones del mismo tipo. Había llegado a ella retrocediendo de otras más radicales; durante meses alentó la idea de hacerlo en forma de álbum de figuritas coleccionables, las figuritas de las Curas Milagrosas, que se venderían en los kioscos dentro de sobres cerrados... Pero se le complicaba demasiado la operatoria, y había asimismo inconvenientes por el lado conceptual. Así que renunció al álbum, como renunció a muchísimas otras posibilidades tanto o más arriesgadas. De esas grandes escaladas de las fantasías volvía al «grado cero»: el libro. Y de ahí volvía a partir, porque el formato libro, con su clásica simplicidad, que nadie respetaba más que él, lo limitaba en exceso. Todas esas idas y vueltas habían confluído en el punto medio que era el fascículo coleccionable, de aparición semanal. La periodicidad le dictaría un ritmo de trabajo, y la ventaja sobre el libro era que no tendría que terminar toda la obra antes de empezar la publicación; esto último era importante sobre todo porque no había pensado en un término definido a su labor; la veía más bien como una obra abierta, que incorporara dentro de un marco fijo sus cambios de ideas, de perspectiva y hasta de humor.

Sus fantaseos de editor vanguardista no fueron inútiles en tanto muchas de las ocurrencias que surgieron en su transcurso fueron incorporadas al formato elegido al fin, y para todas ellas el «fascículo» resultaba muy acogedor, motivo adicional para decidirse por él.

Las ilustraciones fueron uno de los rasgos recuperados. Esto venía de proyectos desechados como el de las figuritas (y otros), a la vez que era natural cuando se hablaba de fascículos. ¿Dónde se habían visto fascículos no ilustrados? Alguna vez había oído hablar de la publicación en fascículos de un diccionario, pero aparte de que parecía demasiado absurdo para ser cierto, un diccionario era ideal para ser acompañado con figuras, las comportaba en sí, virtualmente, en tanto el diccionario es un catálogo sistemático de ejemplos.

Las haría él mismo, por supuesto. Ni soñaba con pedir la colaboración de un dibujante, tan grande era su horror a ceder el control absoluto sobre cualquier aspecto de su obra. Tenía una pasable habilidad con el dibujo, en el que se ejercitaba diariamente; aunque siempre le salían abstractos. Sólo por azar sus dibujos representaban algo. No obstante podía hacer, como cualquiera, un diagrama comprensible, aunque sólo lo hacía cuando tenía el plan de fabricar algo. Recientemente había llenado un cuaderno con los esquemas y moldes para trajes fantásticos, algunos coloreados.

Estos trajes, que en realidad no tenían nada que ver con las Curas Milagrosas, ya que eran imaginativos disfraces de gran aparato pensados por pura exuberancia de la fantasía, constituían sin embargo una parte del proyecto. Para explicarse cómo lo hacían (porque esta explicación también había tenido que inventarla, *ex post facto*), debía partir del valor de un texto, de un texto cualquiera, y por extensión de lo que él pudiera escribir sobre las Curas Milagrosas. Reflexionando sobre las raíces del valor, había llegado a la conclusión de que era necesario poner un componente autobiográfico. Eso no podía faltar y no por narcisismo sino porque era el único vehículo para que lo escrito permaneciera; y él quería, ¡y vaya si quería!, que lo suyo venciera el tiempo, tampoco por narcisismo intelectual sino porque más allá del tiempo sus fascículos tomarían el valor de antigüedades, que es un valor en sí, independiente de los inseguros valores de la verdad o la inteligencia o el estilo.

A diferencia de otros objetos, los escritos sólo vencen al tiempo cuando están asociados a un autor cuyas maniobras en vida excitan la curiosidad de la posteridad, y de las que son el único testimonio tangible. Esa curiosidad póstuma la crea una biografía en la que haya pequeñas maniobras extrañas, inexplicables, coloreadas por una invención fugaz siempre en acción, siempre en estado de *happening*.

Pues bien, un día, a propósito de nada, mirando la televisión, se le ocurrió que sería muy lindo fabricarse unos trajes, más que trajes unas armazones de alambre que sostendrían telas de color, además de coronas, cuernos, aureolas, campanitas, que él podía ponerse para estar en casa, con fines de relajamiento o revigorización o cualquier otro motivo que se le ocurriera; el motivo no importaba porque el objeto de este teatro vestimentario unipersonal sería proporcionar una anécdota interesante... El motivo se formularía solo, y calzaría perfectamente en su sistema estético-teórico autobiográfico, colaborando en la creación de su mito personal. No importaba lo papelonero que fuera (aunque en privado, en familia); en cierto modo estaba dispuesto a sacrificarse por su obra. Además, por ese camino se llegaba a un nivel donde se neutralizaba el papelón, el miedo al ridículo, todo eso, al absorberse en la figura normalizada y aceptada del Extravagante.

Al ser estos vestidos, según su idea, una suerte de construcciones arquitectónicas de alambre y tela, en las que debería meterse, debía pensar en dotarlos de un sistema de plegados que le permitiera sentarse o desplazarse o inclusive adoptar la posición del loto, o bailar. Los dibujos se complicaban consiguientemente. Y más aún: como iban a ser muy grandes, muy abultados,

y el departamento que compartía con su familia ya estaba atestado, debía prever un segundo sistema de plegado, para que se los pudiera guardar en una caja chata apilable o, idealmente, en una carpeta.

Los dibujos que ya tenía hechos de esos trajes le daban un material *ready-made* para ilustrar los primeros fascículos; después, ya vería. Además, no valía la pena preocuparse por el tema en este estadio. Antes debía atender a los textos, y de ellos irían saliendo naturalmente las ilustraciones. Por ahora le bastaba con saber que las haría, y eso alcanzaba para llenar con vagas figuras su expectativa.

En cuanto al texto, no tenía más que elegir de entre sus miles de páginas manuscritas y empezar el gran *collage*. Podía empezar por cualquier parte, no se necesitaba ninguna introducción porque el asunto ya estaba bien caracterizado en el imaginario colectivo. Justamente, el encanto de esta materia era afín al de esas variaciones que se hacen sobre algún relato muy conocido. Tomemos uno bíblico, se decía el Doctor Aira, el de Sansón... Una historia divertida podía tener por eje la calvicie, vuelta asunto de Estado para los filisteos, y sería divertida porque todo el mundo se ha enterado de un modo u otro de que la fuerza de Sansón radicaba en el pelo. Aquí pasaba lo mismo: la vida, la muerte, la enfermedad, no hay quien ignore de qué se trata, lo que permitía hacer esas deliciosas pequeñas variaciones, que sin serlo suenan a invención (evitándole al autor el costo exorbitante de inventar una historia nueva).

Escribir era algo que no podía hacerse en bloque, de una vez. Había que seguir haciéndolo, en lo posible todos los días para establecer un ritmo... El ritmo de publicación, tan accidentado por los imponderables materiales, se regularizaba en el formato fascículo, que además se hacía cargo de las cantidades de emisión y de su tono de base, que era el de la «divulgación». Estos ritmos simbólicos se materializaban de algún modo al servir de marco al ritmo con el que pasaban las cosas. Porque la vida, privada y social, proseguía mientras tanto, y este sistema *andante cantabile* impedía que la vida real transcurriera como una sucesión marginal, ya que recuperaba, en el ritmo, no sólo el flujo general sino cada uno de sus detalles anecdóticos, hasta los más heterogéneos. Así podía confiar en que no se le escaparía nada, no dejaría nada sin usar con provecho. Un episodio como el de la ambulancia, que lo había dejado tan perturbado (al punto que fue uno de los desencadenantes, junto con el golpe de suerte financiero, de su decisión de pasar a la acción), dejaba de ser un «ejemplo» más de la persecución de que

lo hacía objeto el Doctor Actyn, para volverse una particularidad en un Universo de hechos donde no había jerarquías ni generalizaciones.

Dadas estas características del método del Doctor Aira, la publicación tendría que ser enciclopédica. Y si bien la palabra «Enciclopedia» no debía ser escrita en ningún momento, los fascículos en su totalidad abierta e infinita no eran otra cosa que una Enciclopedia general y total. Ahí estaba el secreto de las Curas, el secreto al que él se proponía, y ahí estaba la clave de su empresa, darle un máximo de visibilidad.

Visto desde este ángulo, como la redacción de la Enciclopedia de todas las cosas y de todos los tiempos, el trabajo se presentaba como una ascética de superhombres... ¡Había tanto por hacer! La vida debería durar mil años... Una de las ideas descartadas en el curso de sus fantasiosas planificaciones había sido adoptar el formato de falsos folletos publicitarios de un sistema de curandería prepaga. Una cuota mensual vitalicia habilitaría a los socios para ser beneficiarios de una Cura Milagrosa sólo cuando la necesitaran. Como todos los demás proyectos en los que se entusiasmaba fugazmente y dejaba caer no bien el frío de la razón aplacaba los ardores de la fantasía, éste no había pasado sin dejar alguna huella. Todo cabía en la escritura, que estaba hecha de huellas, y no sólo de huellas humanas.

La disciplina de escribir consistía, en el fondo, en limitarse a escribir, a ese trabajo, con su parsimonia, su periodicidad, su ocupación del tiempo. Era el único modo de apaciguar la ansiedad que podía sobrevenir de otro modo, por la calidad de innumerables y autoproducidas de las cosas que llenaban el mundo y que iban saliendo a cada paso. Había un contraste, al que podía calificarse de «curativo», entre la periodicidad continua de escribir, proceso siempre parcial, y la totalidad del presente y la eternidad.

Desde hacía muchos años, el Doctor Aira se había hecho el hábito de escribir en los cafés, que por suerte no faltaban en el barrio de Flores. La fatalidad de la costumbre se había ido conjugando con distintos imperativos prácticos, al punto de llegar en esta época a no poder escribir una línea si no era en alguna de las mesas de uno de estos hospitalarios establecimientos. El encarnizamiento de la campaña que llevaba adelante en su contra el Doctor Actyn puso a prueba su voluntad de seguir frecuentándolos, ya que eran lugares públicos, abiertos tanto a él como a sus enemigos. Pero no tenía más remedio, si quería seguir escribiendo. Una sombra de paranoia empezó a teñir cada una de sus salidas. Había momentos en que se sentía observado y no era para menos. No hubo agresiones directas, y en realidad no las esperaba. Pero lo indirecto podía tomar muchas formas, y en el curso de esas sesiones de

escritura en Camino Real, o Miraflores, o la San José, podía pasar cualquier cosa, o podía estar pasando sin que él se percatara, cuando uno de sus frecuentes raptos de inspiración lo aislaba de todo. Le constaba el hecho de que Actyn podía reclutar para sus operaciones de vigilancia y provocación a cualquier tipo humano, a cualquier formulación de lo «humano»; de modo que no era cuestión de reconocer a un agente adverso por el aspecto... Ni siquiera podía decir, a simple vista, si alguien lo estaba observando, porque en un café es fácil tomar una posición estratégica, desviar la vista o fijarla en un reflejo, disimular de mil modos. Había desarrollado al menos un método seguro para comprobar si alguien lo estaba observando: consistía en bostezar y espiar subrepticamente al sospechoso: si él bostezaba a su vez significaba que lo había tenido en su mira, porque el contagio del bostezo es infalible. Claro que también podía bostezar alguien que lo hubiera mirado en ese momento por pura casualidad; y de todos modos no le servía de nada la confirmación, pero al menos sabía a qué atenerse y con eso ya se quedaba contento.

Entre los «imperativos prácticos» que lo obligaban a escribir fuera de su casa estaba el desdén supersticioso de su esposa a sus actividades intelectuales, desdén que viraba gradualmente al horror desde que el Doctor Actyn había recurrido a los medios de comunicación masiva para movilizar su campaña de desprestigio. Le hacía escenas, cada vez más frecuentes, se quejaba de que la reconocían, la miraban, la señalaban, decía que pronto no podría salir a la calle de la vergüenza... Que no lo jodiera demasiado porque él era capaz de mandarse a mudar, como han hecho tantos maridos excedidos. No se necesitaría mucho, ni siquiera una escalada de histeria. Bastaría con que se le cruzara una jovencita y que él se enamorara... De hecho, quería amar. Su mala salud ya no le parecía un impedimento. Justamente, quería amar en la enfermedad, de pronto le parecía que era el único amor verdadero.

Pensando en este punto, se hacía una pregunta: ¿por qué el Doctor Actyn, que había echado mano a tantos recursos, no había tenido la idea de tentarlo con una mujer? Había probado con trampas tan barrocas, tan elaboradas, a veces tan absurdas... y nunca con la más clásica y simple. No podía ser por consideraciones éticas, porque había hecho cosas mucho peores. ¿No era acaso la prueba decisiva de la realidad? ¿Cómo era posible que no la hubiera tomado en cuenta? ¿Le tendría demasiado respeto? ¿Lo creería por encima de esas tentaciones? Si era así, ¡qué equivocado estaba! Porque con la sed de amor que tenía el Doctor Aira, ésa era la tentación a la que más probabilidades tenía de sucumbir. En esa trampa era capaz de caer, aun a

sabiendas de que era una trampa, confiando en el poder del amor. ¿No habría sido el romance perfecto, la aventura galante que realizaría todas sus fantasías en la materia? De hecho, pensaba que perder esa batalla equivaldría a ganar la guerra. Pero por algún motivo incomprensible, Actyn se había abstenido de atacar por ese flanco. ¿Temería que el misil de amor se volviera contra él? ¿O lo estaba reservando para cuando todo lo demás fallara?

Sin amor, el Doctor Aira estaba condenado a fascículo perpetuo... Pero debía pensar en positivo y sobre todo concentrarse en los aspectos prácticos. Con la llegada del solsticio de invierno, sintió que había pasado el punto sin retorno. Ya tendría que estar haciendo las maquetas de los fascículos, la diagramación, eligiendo tipos de imprenta, papel... Serían fascículos, eso estaba decidido... Pero fascículos con tapa dura. Podía ser razonable, pero no tanto; algo de su locura debía sobrevivir. Tenía pensado un grueso cartón muy rígido para las tapas, que haría contraste con la poca cantidad de páginas que contendrían, no estaba seguro todavía de si serían cuatro u ocho, no más.

Tampoco había hecho los cálculos de costos. Por supuesto, tendría que ir al mínimo; en realidad no podía hablar de «costos» porque no habría con qué compensarlos, es decir sobre qué medirlos. El proyecto no contemplaba la venta de los fascículos, para lo cual habría debido montar una empresa de tipo comercial, inscribirse como editor, pagar IVA y mil cosas que ni soñaba con hacer. Se regalarían; eso nadie podía impedirselo.

Lo ideal habría sido poder operar con un sistema monetario doble, como el de la China antigua. Allí había existido una moneda oficial para los ciudadanos corrientes, y otra para los pobres, que eran, claro está, la abrumadora mayoría de la población. El enlace entre ambas, que no se efectuaba en la realidad, consistía en dividir la unidad mínima de la moneda oficial, digamos el centavo, en diez mil unidades; ese múltiplo constituía la unidad del sistema de los pobres, la «sapecas». Un puñado de semillas de sandía costaba una sapecas. Todo el comercio en los sectores populares se efectuaba en esta moneda; los pobres, los campesinos, los niños no usaban otra, y esas humildes transacciones llenaban las necesidades de la supervivencia. El «cambio» no se efectivizaba en la práctica, porque ¿quién iba a acumular nunca un millón de sapecas para cambiarlo por un «peso» de la moneda corriente, unidad que por otra parte, en el otro nivel de vida, tenía un valor ínfimo y no alcanzaba más que para pagar el artículo más barato en una tienda, o el plato más simple en un restaurante? Mientras que con muchísimo menos que eso, ¡con cien sapecas apenas, llegado el caso!, un

pobre podía suministrarse la comida, el abrigo y los servicios que necesitaba durante un mes. Y todos felices y bien alimentados.

III

Aun para quienes llevan una vida rutinaria y sin accidentes, aun para los sedentarios y metódicos, los que han renunciado a la aventura y han planificado el futuro, se está preparando una sorpresa descomunal, que se producirá llegado el momento, y los hará empezar todo de nuevo sobre bases distintas. Esa sorpresa consiste en el descubrimiento de que son, en la realidad, esto o aquello; es decir, que encarnan un tipo humano. Por ejemplo un Avaro, o un Genio, o un Creyente, cualquier cosa; algo que hasta entonces sólo han conocido por el retrato que de ese tipo se hace en los libros, y que nunca han terminado de tomar en serio, o en todo caso nunca han pensado seriamente en aplicar a la realidad. La revelación es inevitable en cierto momento de la vida, y la conmoción que produce (la boca abierta, los ojos como platos, el calambre del estupor), la sensación de Fin del Mundo personal, de «me pasó lo que yo más temía», está cortada a la medida de la frivolidad de todo lo que hubo antes.

No hay una edad fija; por supuesto: todo depende de las variables individuales, que lo son todo porque el proceso de vivir no es otra cosa que acumularlas. Pero suele darse hacia los cincuenta años, que es el momento en que, hoy día, uno empieza a pensar que ya ha terminado todo. En la reacomodación psíquica consiguiente, la víctima despavorida tiene un motivo extra para amargarse al pensar que el descubrimiento ya no le sirve de nada, que ahora es una crueldad inútil: si le hubiera pasado treinta o cuarenta años atrás, habría vivido sabiéndolo, se habría subido al tren de lo real.

Y esto pasa aún, y sobre todo, cuando el sujeto de marras se ha pasado la vida identificado con el tipo al que entonces descubre que pertenece. De hecho, es en estos casos cuando la sorpresa resulta más explosiva, y más impresión causa.

Fue lo que le pasó al Doctor Aira por esta época. Le habría pasado de todos modos porque había llegado la hora, pero en los hechos lo que desencadenó la revelación fue un incidente que vino a interrumpir sus trabajos editoriales antes de que los hubiera podido iniciar.

Recibió un llamado, a resultas del cual asistió a una reunión bastante confidencial en unas elegantes oficinas de Puerto Madero... y se vio embarcado, contra todas sus expectativas, en un proceso de Cura Milagrosa. Unos pocos días antes habría podido jurar que no lo haría nunca, que ya estaba más allá de toda tentación, que lo había superado. Su decisión de lanzar al público los fascículos, precisamente, se desprendía de esta convicción de haber dejado atrás el llamado de la práctica. Pero está visto que el hombre propone, y Dios dispone.

Los que se pusieron en contacto con él eran los hermanos de un gran empresario, presidente de un *holding* petrolero con vastas ramificaciones en la industria y las finanzas, que se había visto imprevistamente afectado por una enfermedad terminal. Tenía menos de sesenta años, y por supuesto no quería morir todavía. Nadie quiere. El ser humano se aferra a la vida siempre, cualquiera sea la condición, y valga o no la pena. Y en el caso de un hombre tan rico, con tantas posibilidades de sacarle el jugo a cada día, el deseo de prolongarla se multiplicaba. Los hermanos trataban a su modo de hacérselo entender al Doctor Aira, como si quisieran justificarse. Limitados por su oficio y su formación, lo expresaban en sus propios términos: el *holding* había participado del proceso de privatizaciones, y con éxito, era del selecto grupo de empresas locales que habían logrado ampliar su campo de operaciones, con un patrimonio saneado, se diversificaban sin perder fuerza, se disponían a cosechar los beneficios de la concentración, de la integración al Mercosur, del aliento a las exportaciones, sus plantas industriales habían sido renovadas con tecnología de punta... Se entusiasmaban con la descripción, aunque era evidente que estaban repitiendo un discurso que se sabían de memoria, y no era menos evidente que se lo estaban diciendo a un lego en la materia. Un poco avergonzados, volvían al tema principal, sugiriendo que no se estaban elogiando a sí mismos sino a su hermano enfermo, cerebro y motor de todas las operaciones del grupo, cabeza natural de la familia. Lo que querían destacar era la inaceptable injusticia de que justo él tuviera que partir sin ver los frutos de su talento, de su creatividad en el mundo de los negocios, de su energía sin límites.

Al Doctor Aira le crepitaba la cabeza, como si la tuviera llena de soda. Él también estaba ligeramente avergonzado de haber seguido con tanta atención las explicaciones, y quería volver al motivo por el que estaba ahí. ¿Cuál era la enfermedad?, preguntó. Cáncer, lamentablemente. Cáncer de todo. Grandes formaciones invasoras, metástasis polares, un crecimiento incontrolable del mal. Señalaron una carpeta sobre el escritorio de cristal.

—Ahí está toda la documentación, la historia clínica, actualizada al día de hoy. Aunque suponemos que lo suyo no va por esa línea. Ahí está registrado el fracaso de los mejores oncólogos del país y del mundo. Ellos ya no se molestan en fingir la menor esperanza.

—¿Cuánto le dan?

—Semanas. Días.

Habían esperado mucho para recurrir a él. Más, imposible. Debían de haber empezado con las terapias alternativas hacía meses, y ya habrían desfilado todos los charlatanes y manosantas disponibles. Se sintió paradójicamente halagado de ser el último. Sin percibir lo innecesario que era, ellos se disculpaban mintiendo vagamente; el hermano se había sometido a las terapias convencionales, con admirable estoicismo, no había bajado los brazos ni siquiera ante los resultados más adversos... Al fin los había autorizado a probar con la Cura Milagrosa, y como había hecho antes, desde el primer momento, ponía en juego toda su fe, su confianza: con eso podía contar el Doctor Aira.

Estaba todo dicho. Miró la carpeta y sacudió la cabeza como diciendo: no la necesito, ya sé a qué atenerme. En realidad le habría gustado echarle una mirada, por pura curiosidad; aunque no habría entendido nada, porque seguramente cada descripción estaba puesta en la jerga médica, que le era inaccesible. Y además, era cierto que no la necesitaba, porque su intervención tenía lugar en otro nivel. El caso debía estar cerrado para que él entrara en escena, la historia clínica debía haber llegado a su fin. Y era lo que a todas luces había pasado con este hombre.

Acto seguido, aceptó la misión. ¿Por qué lo hizo? A pesar de todas sus prevenciones y promesas, agarró viaje. Se cumplía una vez más el conocido refrán: «Nunca digas nunca». Había jurado que nunca iba a hacerlo (sus interlocutores no debían de estar enterados de este juramento, porque se lo tomaron con la mayor naturalidad) y ahora se apresuraba a decir que sí, casi antes de que hubieran terminado de proponérselo. *A priori*, esto se explicaba por un defecto de su personalidad que le había causado muchísimos problemas a lo largo de su vida: no sabía negarse. Un fondo de inseguridad, de falta de confianza en su valor, se lo impedía. Esto se acentuaba, y se verosimilizaba, por el hecho de que la gente que le podía pedir sus servicios con base en sus capacidades y talentos era por definición ajena a su medio, poco o mal informada de sus méritos y su historia, y entonces una negativa de su parte los dejaría totalmente en blanco, pensando «¿Y quién es este tipo para hacerse el difícil? ¿Por qué nos tomamos el trabajo de llamarlo?». Era

como si sólo pudiera negarse ante los que estaban perfectamente al tanto de su sistema, ante los que ya habían entrado al sistema, y éstos por definición nunca le pedirían una Cura, o no se la pedirían en serio.

Había un motivo adicional, relacionado con el anterior, y consecuencia de otro defecto que con ser muy común, en el Doctor Aira se daba muy destacado: el snobismo. Esta oficina con sus Picassos y sus alfombras chinas lo había impresionado, y la oportunidad de entrar en contacto con una celebridad de primer orden se le hacía irresistible. Es cierto que hasta ese día no había sabido nada de este hombre, y el apellido le resultaba por completo desconocido. Pero eso no hacía más que magnificar el efecto.

Sabía que había personas muy importantes que mantenían una política de «bajo perfil», Y tenía que ser realmente bajo, para que le pasara desapercibido a un *snob* de su calibre. Una celebridad desconocida, era como si estuviera en otro nivel, superior.

Pero antes que todo eso, y como disimulada bajo la hojarasca de motivos circunstanciales y psicológicos, su aceptación tenía una causa mucho más concreta: era la primera vez que se lo pedían. Como a tantos otros fenómenos de nuestra época dominada por la ficción mediática, su fama lo había precedido. Su propio mito lo había envuelto, y la mecánica del mito había ido postergando la entrada en funciones, hasta llegar a un punto en que ésta se hacía impensable. Tenían que venir estos ricos bárbaros, en su ignorancia de las máquinas sutiles del esoterismo, para que lo inconcebible sucediera. De hecho, el Doctor Aira podía haber salido del paso diciéndoles que había un error, un malentendido, que él era un teórico, casi podría decir «un escritor», y que todo lo que lo relacionaba con las Curas Milagrosas era una especie de metáfora... Pero al mismo tiempo no era una metáfora, era real, y en ese carácter de real residía su verdad. Ésta era la primera, y quizás la última, ocasión de probarlo.

Quisieron saber cuándo podría iniciar los procedimientos. Por la esencia misma del asunto, estaban urgidos: no había tiempo que perder. En la pregunta se las arreglaron para introducir un discreto interrogante sobre la naturaleza del método, del que era obvio que no tenían la menor idea (era obvio sobre todo porque nadie la tenía).

Llevado por la inercia del impulso ciego que lo había llevado a aceptar el trabajo, el Doctor Aira dijo que necesitaba un breve período para prepararse.

—A ver... Hoy estamos a... No sé ni en qué día vivo.

—Viernes.

—Muy bien, lo haré el domingo a la noche. Pasado mañana. ¿Les viene bien?

—Por supuesto. Estamos a su disposición. —Una pausa. Se los veía bastante intrigados—. ¿Y cómo sigue?

—No sigue. Es una sola sesión. Calculo que puede durar una hora, más o menos.

Se miraron entre ellos. Habían decidido todos a la vez no hacerle más preguntas. ¿Para qué? Uno de ellos le escribió en un papel la dirección, y se pusieron de pie, serios, circunspectos.

—Lo esperamos entonces.

—A las diez.

—Perfectamente. ¿Alguna indicación?

—Ninguna. Hasta el domingo.

Empezaron a darse las manos. Como era de esperar, habían dejado para ese momento ya marginal la cuestión plata:

—De más está decir... sus honorarios...

El Doctor Aira, terminante:

—No cobro. Nada en absoluto.

El que tan torpe era en el manejo de los gestos, las expresiones y los tonos de voz, en este caso, y sólo en éste, daba la nota justa.

¡Por supuesto que no se trataba de plata, para ninguno de los presentes! Y sin embargo, no se trataba de otra cosa. La plata había quedado atrás, pero sólo por ser tanta. Pese a ser la primera vez que trataba con gente tan opulenta, el Doctor Aira había reaccionado con la seguridad casi instintiva que sólo da un prolongado hábito, como si no hubiera hecho más que prepararse para este momento durante toda su vida. Debía de estar en sus genes. En efecto, cuando uno es tan pobre como lo era él, no les cobra por sus servicios a los ricos, cuando son tan ricos como lo eran éstos. Uno simplemente se pone en sus manos, pone en sus manos todo el resto de su vida y la vida de sus hijos. Después de todo, había miles de millones de dólares en juego. Por tratarse de una cuestión de vida o muerte, era como si la fortuna entera de la familia se tradujera a fajos de billetes y lo metieran todo en un maletín. La suma era tan descomunal, y lo que él podría pretender, o querer, o inclusive soñar, una fracción tan minúscula, que las dos cantidades eran casi incongruentes. Por más que tratara de no pensar en el tema (ya tendría tiempo, cuando hubiera transpuesto la puerta de la oficina) no pudo impedirse un fugaz cálculo relacionado con los fascículos. Fue un cálculo totalmente «en el aire», en la pura relatividad de la fantasía, porque todavía no

había ido a pedir presupuesto a ninguna imprenta; se había propuesto hacerlo en esos días, pero esto se lo impedía, o mejor dicho le daba una buena excusa para seguir postergándolo. Sea como fuere, editar era muy barato y al lado de los negocios que se manejaban aquí resultaba un gasto marginal insignificante. Así le gustaba pensarlo: como si la parte financiera pudiera anularse. Eso le daba su pleno sentido a su empresa editorial. Se daba cuenta, en ese fantaseo momentáneo, de que ahora podía pensar en serio cosas que había venido poniendo en el rubro «fantasía», como las tapas duras, de cartón recubierto de papel satinado, y las ilustraciones a todo color. El salto de lo grande a lo pequeño, de la fortuna de estos magnates a sus minúsculas transacciones con alguna imprenta de barrio, era tan enorme, que en él todo se hacía posible: todos los lujos, como páginas desplegadas, tintas vegetales, papeles transparentes intercalados, troquelados... Y no es que se hubiera abstenido de pensar en estas posibilidades: casi podía decir que no había hecho otra cosa. Pero lo había hecho, aun cuando condescendía a los detalles más prácticos, en términos de fantasía impráctica. Ahora de pronto intervenía la realidad, y era como si debiera recuperar cada uno de sus sueños, y cada rasgo de cada pasaje de cada sueño, y volver a pensarlo. No veía el momento de estar de vuelta en su casa en Flores, abrir su carpeta de apuntes sobre los fascículos, releer las notas una a una, porque todas, estaba seguro, se mostrarían maravillosamente nuevas a la luz de la realidad. Para hacer más rápido tomó un taxi. Por una vez, se dio el lujo de no responder a los groseros intentos del taxista de darle conversación; tenía demasiado en que pensar. Claro que la plata todavía no la tenía y hasta la había rechazado de antemano. ¿Y si estos sujetos, en su insensibilidad de millonarios, se lo tomaban literalmente? Era muy probable, era lo más probable del mundo. Pero no valía la pena preocuparse por ahora.

Ese domingo, a las diez de la noche:

—Ring, tling, tlang.

Le abrió la puerta una mucama de uniforme. Era una mansión vieja y palaciega, enorme, en la Recoleta. Lo hicieron pasar a una salita lateral, donde estaba uno de los hermanos, con una señora sentada en una silla de ruedas, que le presentó como la madre. Desde el vestíbulo el Doctor Aira había visto fugazmente salones en penumbras, con ricos muebles y cuadros en las paredes. Era la primera vez que entraba a una casa tan distinguida y le habría gustado examinarla a su gusto, sin apuro. Pero no era la ocasión. ¿O sí

lo era? Mientras intercambiaba unos saludos triviales pensó que en realidad nada le estaba prohibido, ni siquiera pasearse por esos salones con toda tranquilidad; porque los demás no sabían cuál era su método y por definición podían esperar cualquier cosa, por ejemplo que él les dijera que era necesario que salieran todos de la casa, incluido el personal de servicio, porque él debía quedarse solo con el paciente durante una hora o dos. Pensarían que iba a usar algún tipo de radiaciones invasoras, potencialmente peligrosas, y se apresurarían a irse, con la vieja en la silla de ruedas a la rastra, se meterían todos en sus Mercedes y esperarían en la casa de alguno de los hermanos. Total, ¿qué les costaba? Y él tendría la casa para él solo durante ese lapso, como si fuera el dueño; se le pasó por la cabeza la posibilidad de echarse al bolsillo algún objeto valioso, pero lo descartó como un anticlímax bastante sórdido.

Sea como sea, ese interior le sugería la respuesta a un enigma que sólo ahora, al intuir su solución, se planteaba. ¿Qué hacían sus contemporáneos cuando él no sabía nada de ellos? ¿Qué hacían los grandes escritores o artistas que él admiraba, en los períodos a veces tan largos en que no estaban presentando un libro o haciendo una película o inaugurando una exposición? La frecuentación de los libros lo había acostumbrado a considerar a los grandes nombres como individuos muertos, por la simple razón de que en general lo estaban: para que sus obras o su fama llegaran a él había debido pasar un tiempo, y más para que se decidiera a estudiarlos, y esa postergación las más de las veces alcanzaba y sobraba para que una vida humana completara su ciclo. De ahí que sintiera un ligero sobresalto cuando en ocasiones se enteraba de que tal o cual famoso estaba vivo, viviendo simplemente, sin hacer las cosas por las que era famoso. Se hacía una especie de blanco, en el que la naturaleza de la fama se negaba a sí misma. Nunca se lo había explicado porque en realidad nunca se había puesto a pensarlo, pero ahora lo veía con toda claridad: lo que hacían era vivir, aunque no vivir sin más, lo que habría sido una perogrullada, sino gozar de la vida, practicar el «arte de vivir» en casas como ésta, o no tan lujosas pero de todos modos dotadas de las comodidades para pasarla bien y ocupar el tiempo sin inquietudes. Por un enlace entre el razonamiento y la imaginación, en ese momento sentía que él podía hacer lo mismo, de ahora en más.

No bien se hubo sentado tuvo que volver a ponerse de pie porque entraron los restantes hermanos, a informarle que el paciente estaba despierto y esperándolo. Ellos no se sentaron, por lo que él no volvió a hacerlo. Le decían que habían adelantado el horario de la inyección de modo que estuviera

lúcido a las diez. No sabían si era necesario, pero el mismo paciente lo había preferido así.

—Perfecto —dijo el Doctor Aira por decir algo y sin dar las explicaciones que debían de estar esperando.

En un abrir y cerrar de ojos, no supo bien cómo, estaban subiendo la escalera, rumbo al dormitorio. El momento de la verdad se aproximaba.

Y la verdad era que todavía no había terminado de decidir qué hacer. Había pasado los últimos dos días barajando alternativas, en la misma incertidumbre en que había pasado las últimas décadas, desde el día ya lejano de su juventud en que había tenido la intuición de las Curas. La idea se había mantenido más o menos intacta desde entonces, descontando las alternancias de duda y entusiasmo naturales en una concepción genuinamente original. Había sido el centro de su vida, el eje sobre el que giraban sus lecturas, sus meditaciones, sus muy variados intereses. Claro que para mantenerla en esa posición central había debido dotarla de una plasticidad a prueba de cualquier definición. Había estado siempre bajo su mirada, como la proverbial zanahoria colgada delante del burro, marcando la dirección de su prolongada huida hacia adelante. Le debía su vida, la vida que al fin y al cabo había vivido, y por eso le estaba agradecido. No podía quejarse de ella sólo porque en este instante decisivo se negara a darle una receta práctica. No quería mostrarse ingrato como esos consabidos sablistas que se pasan veinte años recibiendo plata de un amigo generoso y por una sola vez que no puede o no quiere complacerlos lo condenan sin apelación.

Además, se había repetido durante ese fin de semana atípico, ya se le ocurriría algo. No es que confiara tanto en su calidad de improvisador, de la que por el contrario tenía serios motivos para desconfiar. Pero sabía que bien o mal saldría del paso, porque siempre se sale. Basta con que el tiempo pase, y es inevitable que lo haga. No se trataba estrictamente de «improvisar» sino de encontrar en el poblado tesoro de las reflexiones de toda su vida el gesto que viniera a punto. Era menos una improvisación que una mnemotecnia instantánea. La evaluación de los resultados era otra cosa. Ya habría tiempo, a su vez, para eso. Después de todo, si era un fracaso, sería el primero, y el último.

La puerta del dormitorio. La abrieron, lo invitaron a pasar con un gesto. Entró... Y fue como si entrara a otro mundo, incomparablemente más nítido y real, un mundo de acción pura y compacta donde no hubiera lugar para el pensamiento y donde sin embargo el pensamiento estuviera destinado a triunfar al fin.

El primer impacto se lo produjo la iluminación, que era muy blanca y muy fuerte; le pareció excesiva, aunque quizás fuera el contraste con la enlutada penumbra del resto de la casa. Aun así, era lo que menos podía esperarse de un cuarto de enfermo, salvo por la atmósfera de quirófano. Como su mirada se fijó de inmediato en la cama, y en el hombre acostado en ella, apenas si pudo registrar con la atención marginal algunos elementos que contribuían a crear un ambiente de alta tecnología y explicaban la clase de luz.

El hombre en la cama justificaba el interés más absorbente del Doctor Aira. Nunca antes había visto a alguien tan cerca de la muerte. Tan cerca que ya se había despojado de todos sus atributos y era puramente humano. Y a su vez ese despojamiento lo apartaba de lo humano. Su primera impresión fue que era demasiado tarde. Si había alguna posibilidad de reconducirlo a la vida, debía ser por el camino de alguna de sus cualidades. Y se diría que ya no quedaba ninguna; quizás él mismo, en el proceso espiritual de preparación para la muerte, había completado la «limpieza» puesta en marcha por la enfermedad. Pero no era así. Por más que hubieran hecho, él y el cáncer, todavía le quedaba un atributo: la riqueza. Podía haber cortado todos los lazos con la vida, pero seguía siendo el dueño de esta casa, y de sus campos y sus fábricas. Y con eso bastaba, porque el dinero tenía la maravillosa propiedad de incluir todo lo demás. Indudablemente, debía partir de ahí.

Le bastó pensarlo para volver a situarse en la realidad. Miró en torno. La habitación era grande, y había mucha gente, todos desconocidos para él salvo los hermanos del paciente. Todos lo miraban, pero no hubo intenciones de presentarlos de a uno, así que se limitó a saludar en general con una inclinación de cabeza y dedicó su atención al ambiente y el mobiliario. Había sillas, sillones, mesas, bibliotecas y una buena cantidad de aparatos electrónicos. Aunque eran lo más notorio, tardó un momento en registrar dos modernísimas cámaras de televisión, sobre sendos trípodes, una a cada lado de la cama y con sus respectivos camarógrafos, dos jóvenes con auriculares inalámbricos. Al mismo complejo pertenecían evidentemente los reflectores encendidos y los grandes micrófonos de bocha de felpa negra ubicados en puntos estratégicos, las bandejas para amortiguar ecos, y un operador sentado ante una batería de ecualizadores contra una pared. Se preguntó, intrigado, si sería una costumbre de la que no había oído hablar, la de registrar los últimos días de la gente importante. No era así, se enteró de inmediato, porque uno de los hermanos, como si le hubiera leído el pensamiento, le dijo:

—Si no tiene inconvenientes, queremos filmar su trabajo. —Sin darle tiempo a responder, se apresuró a aclarar—: Es para cubrirnos ante los

accionistas, por si acaso.

El Doctor Aira balbuceó algo, y ya que estaba mirando para abajo pudo notar que no había cables cruzando el piso, lo que era muy conveniente porque de lo contrario seguro que habría tropezado.

A una discreta señal del hermano que había hablado, los dos camarógrafos pusieron un ojo en los visores y se encendieron los puntitos rojos de sus aparatos. Como si hubieran accionado una palanca en su cuerpo, el Doctor Aira perdió naturalidad. A partir de ese momento, lo que sucedía en su superficie dejó de coincidir con los episodios psíquicos, los cuales, liberados de la restricción expresiva, tomaron una velocidad propia. En cierto modo, pudo dar por anulado el exterior: las enfermeras, los parientes que tomaban asiento como si se dispusieran a escuchar un concierto y un grupito de adolescentes que lo miraban con un vago gesto de desaprobación. ¡Qué le importaba! Aliviado de la naturalidad, sentía como si todo le estuviera permitido.

Se acercó a la cama. El hombre estaba acostado boca arriba, la cabeza y la espalda sobre almohadones, un soporte ortopédico en el cuello. Los brazos se extendían por encima de la sábana celeste, doblada a la altura del corazón. No llevaba reloj. En el anular de la mano derecha, una gruesa alianza de oro.

Los rasgos estaban fijados en una mueca ligeramente malhumorada, de pocas pulgas. No tenía un solo pelo en la cabeza. Lo estaba mirando, él también, pero las pupilas estaban desprovistas de movimiento. El Doctor Aira trató de leer en esos ojos que lo miraban, y lo único que se le ocurrió fue la idea melodramática de que tenían la textura de la muerte. La muerte siempre está cerca, y sus formas y colores habitan los dibujos del mundo, mostrándose pero a la vez ocultos, demasiado visibles, actuando como un narcótico para la atención. Uno sólo ve lo que quiere ver. Es como si la desaparición formara parte de la aparición. A veces se necesita una palabra (la palabra «muerte») para que resalten los volúmenes y las perspectivas. La palabra había sido pronunciada en esta ocasión, y el Doctor Aira comprendió que sólo a partir de ella tenía alguna posibilidad de éxito. El único camino de acción era dar por muerto a este hombre; la acción de la vida se había agotado; no sólo podía dársela por terminada, junto con todos los tratamientos y remedios espirituales, sino que debía hacerlo y empezar por el otro lado. No había otro modo de empezar.

Una idea amanecía en su cerebro, y sus fases se precipitaban en cascada. En realidad nadie lo apuraba, pero él estaba lanzado sobre el tiempo. Se preguntó si tendría espacio suficiente. Apartó los ojos de los del paciente,

donde los había tenido clavados, y al hacerlo sintió que perdía algo de su fuerza. Aun así, por inercia, siguió calculando. A la derecha, en la pared que daba a la calle, había una gran puertaventana cubierta con un grueso cortinado de terciopelo rojo oscuro. Fue hacia ella, acertó con el cordón que hacía correr la cortina hacia los costados y abrió las dos hojas: había un balcón. No salió (temió que pensarán que se iba a tirar), pero echó una ojeada hacia arriba. Enfrente, entre dos edificios altos, se veía una franja vertical del cielo estrellado. Volvió hacia la cama dejándola abierta. La noche era fría y empezó a sentirse; pero nadie puso objeciones. Miró a los ojos del paciente, para recargar las baterías. Necesitaba de todo su vigor para lo que se proponía intentar.

Era una vieja idea, que había quedado latente en el fondo de su mente todos los años que había dedicado a las Curas Milagrosas. No había llevado una cronología estricta en sus registros, y los papeles se le habían mezclado y vuelto a mezclar mil veces (sus ideas eran las anotaciones de sus ideas), de modo que no habría podido asegurarlo, pero tenía la impresión de que era la primera idea que se le había ocurrido en el tema, la Cura Milagrosa original. En ese acaso, de acuerdo con la ley de los Rendimientos Decrecientes, era la mejor. Simplificando un poco, el razonamiento en el que se basaba era el siguiente:

Un milagro, en el caso de que tuviera lugar, debería movilizar los mundos posibles, ya que una ruptura de la cadena causal no podía suceder en la realidad sin que se estableciera otra cadena, y con ella otra totalidad distinta. Pero en tanto se trataba de mundos alternativos la operación seguía siendo una fantasía impráctica. En los hechos el mundo era uno solo, y de ahí provenía el veto infranqueable al milagro. Y en efecto, no había milagros, eso cualquiera podía comprobarlo, con un poco de sentido común. Alguien que, como el Doctor Aira, no creía siquiera en Dios, no podía conservar ni una remota duda al respecto. Ahora bien, que no hubiera milagros ya hechos no quería decir que no pudieran suceder; la superstición, la ignorancia, la credulidad estaban en pensar que podían darse milagros así nomás, en la naturaleza. En cambio, producirlos, fabricarlos, como artefactos, o mejor, como obras de arte, sí era posible. Para ello no había más que introducir la dimensión del tiempo humano, y no era difícil hacerlo porque el tiempo participaba, por su mismo peso, en toda actividad humana, y tanto más en las que conllevaban grandes esfuerzos y dificultades casi sobrehumanas. En términos prácticos y cotidianos, el tiempo está produciendo una constante mutación del mundo. Pasa un minuto, o una centésima de segundo, y el

mundo ya es otro, pero no otro del catálogo de mundos posibles sino otro posible real, es decir el mismo, porque tiene el mismo grado de realidad. Y «el mismo» equivale a «el único». En este Uno de transformaciones, por otro nombre «lo real», funcionaba la idea del Doctor Aira para producir milagros.

En estas condiciones, un milagro era simplemente algo imposible. Se lo creaba de modo indirecto, por la negativa, excluyendo del mundo todo lo que fuera incongruente con él. Si lo que se quería provocar era que un perro saliera volando, no había más que poner al margen todos y cada uno de los hechos, sin excepción, que no fueran compatibles con un perro volando. Ahora bien, ¿cuáles eran esos hechos? Ahí estaba la clave del asunto: en hacer la elección correcta y exhaustiva. Había que cubrir un campo amplio: nada menos que la totalidad del Universo. No había límites preestablecidos, ni temáticos ni formales; el alcance de lo «componible» era, justamente, total. El hecho o cualidad, o constelación de ambos, más alejado, podía ser parte de la gran figura dentro de la cual el Milagro podía o no tener lugar. Tampoco había niveles que observar, porque la línea podía atravesarlos todos, hacia arriba o hacia abajo (o a los costados). De lo que se trataba era de poner en juego la mayor de todas las Enciclopedias y de hacer en ella la lista pertinente. ¿Quién podía hacerlo? La respuesta habitual, la que se había venido dando desde la más remota antigüedad era: Dios. De ahí que el Milagro hubiera quedado en su jurisdicción. La originalidad del Doctor Aira estaba en postular que el hombre también podía. Se le había ocurrido una vez, al oír una reflexión casual de su amigo Alfredo Prior, el pintor. Hablando de cuadros (quizás de Picasso, o de Rembrandt), Alfredito había dicho: «Ninguna obra maestra es del todo perfecta, siempre tienen algún descuido, alguna falla, algún punto chapucero». Podía ser una observación fáctica, pero también era una verdad profunda, que el Doctor Aira atesoró. La acción humana no sólo contenía la imperfección, sino que debía partir de ella en su busca de eficacia. El desaliento en la cuestión del Milagro provenía de no reconocerlo. Si en cambio se aceptaba la falla, crear un milagro era tan fácil (aunque tan difícil) como crear una obra maestra del arte. Simplemente había que darse algo de tiempo. Dios podía revisar toda la Enciclopedia y hacer las elecciones justas, en un instante; el hombre necesitaba tiempo (digamos una hora) y darse un margen de error en las elecciones confiando en que fueran errores no decisivos. Después de todo, ese mecanismo tenía un antecedente en el funcionamiento cotidiano de la gente: la atención, que también compartimentalizaba el mundo y, pese a sus frecuentes errores, lograba el

grado de eficacia necesario para que su portador sobreviviera, y hasta prosperara.

Hasta ahí había llegado la idea, y era bastante. Toda la deducción de la realidad del Milagro estaba ahí. Quedaba por elaborar (pero esto ya era para los fascículos) el aspecto histórico de la cuestión, vale decir por qué, a la luz de estos descubrimientos, había épocas o modos de producción poblados de milagros, y otros en los que no se daba ni uno.

También había quedado pendiente, hasta ahora, el aspecto práctico propiamente dicho, es decir, cómo hacerlo, una vez probado que era posible. Cuando la teoría es sólida, la práctica se da sola. Basta con ponerse, y si él no se había puesto era porque no se había presentado la ocasión. Ahora sí llegaba el momento, y era inútil reprocharse haber dejado la delicada cuestión de la práctica, íntegra, para ser improvisada en el teatro de operaciones, con las inmensidades de tiempo libre que había tenido en el curso de los años; porque la experiencia le había enseñado que la práctica no podía pensarse como teoría o, si se la pensaba, cambiaba de naturaleza, se volvía teoría, y la práctica en sí quedaba de todos modos sin pensar. Era inútil lamentarse, sobre todo porque ya estaba viendo la solución, que acudía puntualmente a la cita, y aunque era muy complicada se le aparecía toda junta, en una cascada cuyo movimiento conocía bien. Como un *bricoleur* filosófico, traía en su auxilio ideas o fragmentos de ideas de otros campos, y la adaptación instantánea con la que se ajustaban a sus necesidades lo exaltaba, como si todos sus problemas hubieran terminado.

Del campo de la edición provenía el instrumento operativo apropiado. Era el «desplegable», del que ya hemos dicho que había figurado en el listín de fantasías lujosas e irrealizables para los fascículos. Aquí la página desplegable pasaba al formato de biombo, de extensiones indefinidas aunque no ilimitadas. Con la «forma biombo» podía compartimentar de modo fácil y rápido el Universo: delgado, de una seda plástica finísima con varillas de alambre, el biombo podía pasar entre dos elementos contiguos muy juntos por una mínima luz; flexible, podía dar todas las vueltas que fuera necesario; y la capacidad de seguir extendiéndose lo hacía apto para unir los puntos más alejados entre sí, igual que los más cercanos, y aislar áreas inmensas o pequeñísimas. Sólo debía extender el biombo, aquí y allá, separando las áreas de la realidad que no fueran composibles con la supervivencia de este hombre. Dicho de otro modo: ahora el Universo era un solo ambiente, y hacia el lecho del enfermo afluían indiscriminadamente las causas, directas o indirectas, que hacían inevitable su muerte. Bastaba con alzar los biombos e

impedirles el paso. Era factible porque estas causas no eran todas las que conformaban la realidad, sino una pequeña parte, escogida, eso sí, de la totalidad, por lo que no se podía excluir *a priori* ningún sector. Una vez que quedara configurada la «zona de seguridad», el paciente se levantaría de la cama, curado y contento, listo para vivir otros treinta años. En el mundo «abierto», tal como estaba ahora, no podía vivir; había que dejar al otro lado de los biombo todos los determinantes de esa imposibilidad. O mejor dicho: no todos, porque eso sería caer otra vez en la exigencia divina; «todos» los humanamente posibles de localizar y aislar, los necesarios para obtener el resultado, al fin de cuentas bastante modesto, de esta curación individual.

Empezó a tender el primer biombo sin saber por dónde lo haría pasar...

Pero creo que no me he explicado bien. Lo intentaré una vez más, con otras palabras. El trabajo emprendido era nada menos que la identificación de todos los hechos que conformaban el Universo, los llamados «reales» en sentido restringido pero también todos los demás: imaginarios, virtuales, posibles; y además las agrupaciones de hechos, desde las simples parejas a los millones, y los fragmentos de hechos, vale decir tanto un imperio milenario como el conato inaugural de tomar una cerveza. Los hechos debían ser tomados uno a uno; cuando se agrupaban era para formar otro hecho tan singular como cualquiera de sus componentes individuales, y no excluían la consideración aparte de cada uno de éstos; no se agrupaban por géneros o especies o tipos o familias o lo que fuera. No se podía tomar «un perro moviendo la cola» sino «este» perro moviendo la cola a determinada hora y minuto de tal día, mes, año, «este» movimiento de cola en particular.

Era la Enciclopedia total de todo, no sólo de lo singular (lo general también entraba como hecho, se singularizaba para entrar en el listín, al mismo nivel que todo lo demás). Nada que fuera menos que eso serviría. Porque si el objetivo era impedir que tuviera lugar un hecho que todo el orden del Universo conminaba a suceder, había que buscar hasta en el más remoto repliegue del Universo cada uno de los hechos que le sirvieran de concomitante.

De acuerdo, sería imposible compilar semejante Enciclopedia. Es una típica idea divina. Pero justamente la originalidad de la idea del Doctor Aira estaba en el pasaje a lo humano, por la vía de la imperfección. Porque no se la compilaba por gusto, ni por vanidad, ni por emulación, sino por una necesidad práctica urgente; para producir un resultado inmediato y tangible, y para ello alcanzaba (o al menos: podía alcanzar) con mucho menos que la perfección.

No se trataba de darle al paciente una salud perfecta sino de sacarlo de este trance de muerte.

Aun así, era una tarea titánica, ya que el Estado de hechos era apenas el preliminar para luego efectuar sobre él la operación propiamente dicha: la selección de los hechos concomitantes, los que debían apartarse de modo de crear un nuevo Universo provisional en el que pudiera pasar «otra cosa» y no la que debía pasar. Entre paréntesis, estas exclusiones y la formación consiguiente de un campo que hiciera las veces de otro universo, tenían un antecedente, que no era otro que la Novela. En efecto, se diría que para escribir una novela hay que hacer un listín de singularidades, y luego trazar una línea que deje «adentro» algunas de ellas nada más, y todo el resto en estado ausente o virtual. Lo que constituye una especie *sui generis* de exclusión. Hay muchísimas cosas que una novela no dice, y esta ausencia hace posible que en su universo restringido tenga lugar la acción. Con lo que la novela también es un antecedente del Milagro, porque justamente en virtud de lo que se excluye es que pueden suceder los acontecimientos de los que se ocupa la novela. Es cierto que aquí no se trata de la Realidad sino de su Representación, pero si la novela es buena, si es una obra de arte y no un mero entretenimiento, toma peso de realidad ella también. Y quedaría justificada la opinión corriente según la cual una buena novela es un verdadero milagro.

La periodización del trabajo (primero la identificación de todos los hechos, después la selección de los pertinentes) la hemos hecho por motivos de claridad en la explicación. En la práctica se hacía todo junto. De modo que cuando el Doctor Aira arrancó, arrancó en bloque, y su vacilación lo abarcaba todo.

Un biombo empezó a dibujar su zigzag blanco en la inextricable confusión del todo.

Sí... En efecto... Los sitios por los que debía pasar se irían presentando por sí solos, casi sin buscarlos. Hablar de «busca» era un contrasentido, ya que, tratándose de todos los sitios, bastaba con encontrarlos; en todo caso, lo que había que buscar eran los caminos por los que orientarse entre la sobreabundancia de encuentros. Y en la acción, que ya había empezado, en el milagro de la acción, ya estaba esquivando células de mundo, y en cuestión de segundos lo tenían atareadísimo. Los elementos venían imantados a la vez por las caprichosas leyes de la atracción y por las rigurosas leyes de las leyes y también por la falta o vacío de toda ley. De ahí que en el preciso momento en que el biombo iniciaba su trayectoria se manifestaron con contornos precisos

los primeros elementos entre los cuales trazar los bordes de sus exclusiones: esos elementos iniciales no eran otros que los viajes y desplazamientos: idas y venidas en avión, en taxi, en colectivo, en barco, en subte, en Rueda del Mundo, a pie, en patines... De pronto el Doctor Aira tenía muchísimo que hacer. La barra de exclusión en forma de elegante biombo blanco ya estaba separando vastas porciones del Universo. De los vuelos en avión que contenía el Universo dejó «afuera» la mitad más o menos, para darse un margen aceptable; claro que no sabía cuáles eran compatibles o incompatibles con la vida de este hombre, así que tendió el biombo en un zigzag que de todos modos le era connatural, para optimizar las probabilidades. Con que un solo viaje en avión, perteneciente al Universo en el que el paciente moría de cáncer, quedara «adentro», bastaría para echarlo todo a perder; pero más valía no pensar en eso; el derrotismo era mal consejero, y además el derrotismo, todo derrotismo, también era un elemento del mundo que había que separar en compositibles e imposibles: ya le llegaría el turno.

Esta primera operación ya se complicaba. El trazo sinuoso del biombo no era unidimensional, porque al mismo tiempo que el elemento «viaje en avión» surgían otros como los lugares geográficos que unían esos viajes, y los distintos aviones, la comida que servían a bordo, los horarios, las caras de las azafatas, los vecinos de asiento, las nubes, los motivos por los que haberse embarcado, y mil más; así que el zigzag del biombo se multiplicaba en niveles y direcciones como un pompón monstruoso; en todas sus líneas el Doctor Aira trató de trazar el mismo zigzag, pero fue variando las proporciones de incluido y excluido.

Esto último se debía a que, si bien se trataba de la humanidad, y la teoría respondía a lo humano tal como se manifestaba en lo real, estaba haciendo una cura personalizada. De modo que debía tomar en cuenta, así fuera a grandes rasgos y adivinatoriamente, el estilo de vida de este hombre. Ahí ya estaba operando con el elemento «estilos de vida» y concomitantes. No tenía una idea muy clara (nadie la tiene) de la rutina de un millonario, pero podía imaginársela y complementar sus fantasías con el sentido común. Por ejemplo, era simple lógica calcular que este sujeto debía de viajar poco y nada en colectivo, tanto en el mundo en el que moría de cáncer como en el que estaba en proceso de crearse, en el que se salvaba. Pero no había que apresurarse a sacar conclusiones de ese hecho, porque sus empleados sí viajaban en colectivo, y también lo hacían los familiares y amigos de sus empleados, y algún mesero de restaurante que lo había atendido una vez, y la suegra de ese mesero, y la gente en general, que se acoplaba al sistema en sus

ramificaciones cercanas y lejanas. La línea de biombos hacía pompón aquí también, y bastaba pensar en la complicación virtualmente infinita de las líneas de colectivos en Buenos Aires, en un corte de tiempo, o plano, y en todos los cortes de cada instante desde la invención del colectivo, para concebir la cantidad de curvas que debía asumir la separación. El biombo hendía posibles como una lámina de acero en un pan de manteca, era como si la materia se prestara especialmente. ¡Menuda sorpresa se llevarían al día siguiente los que fueran a tomar el 86 para ir al trabajo, y descubrieran que en el nuevo universo el 86 no iba más por Rivadavia sino por Santa Fe, o que ya no existía, o se llamaba 165! Pero no, nadie se sorprendería, porque la «sorpresa» y cada sorpresa individual, lo mismo que cada rutina laboral (sin hablar de los nombres de las calles y el trazado del mapa urbano), también era objeto de separaciones, y el nuevo universo resultante, quedara como quedara, sería necesariamente coherente. Y, por supuesto, el transporte colectivo de Buenos Aires no era el único afectado, lejos de ello.

Después de los viajes le tocó el turno a la luz, elemento que abarcaba desde los fotones a los claroscuros que representaban los volúmenes de un cuerpo en algún grabado de cobre del siglo barroco... Era un rubro amplio, porque no había ocasión que no hubiera estado envuelta en luz; sin ir más lejos, cada uno de los viajes de los que se había tratado antes estaba iluminado, y había una completa serie de posibles lumínicos en cada uno, como lo había en cada ocasión sucedida o concebible. En realidad, esta «generalización» se daba en todos los rubros; en el de los viajes o desplazamientos también, porque ¿acaso había una ocasión que no implicara, de un modo u otro, algún movimiento? Luego, todo era viaje, así como todo era luz... Los trayectos de los biombos revertían sobre sí mismos, al punto que era posible actualizar un trayecto anterior para que cumpliera una nueva función.

Con la luz se presentaba una dificultad adicional, y era que la luz, o mejor dicho la iluminación, sucede en una intensidad determinada, la cual es la actualización de un continuo de intensidades que sólo arbitrariamente puede graduarse. ¿Pero era una dificultad propia del elemento «luz» o era una cualidad de todos los rubros? Para no salir del rubro ya elaborado, el de los viajes, también en éstos había un continuo: la extensión de la trayectoria recorrida. O muchos continuos: el de la velocidad, el del placer o disgusto con que se hiciera el viaje, el del monto de percepciones captadas durante su transcurso... Y al igual que sucedía con la luz, la intensidad no era el único

continuo en juego, ya que también estaban la temperatura emitida, la resistencia atmosférica, el color...

Las cosas estaban sucediendo en menos tiempo del que se necesitaba para explicarlas. Si el Doctor Aira hubiera podido pararse a pensar, se habría preguntado por la secuencia «viajes-luz». Por qué había empezado por unos, por qué seguía por la otra. ¿Qué clase de catálogo estaba consultando? ¿De dónde venía el listín? De ninguna parte; no había catálogo, ni orden. En toda la operación de la Cura había una perfecta coherencia de verosímil, como en una novela (otra vez). No era como en el teatro, donde puede suceder cualquier cosa descolgada de las demás, y entonces sí se puede recurrir a una lista de temas para ir sacándolos con un criterio estético; en todo caso, si quisiéramos aferrarnos a la metáfora del teatro, habría que pensar en el drama burgués, de pesados presupuestos psicosociales haciendo las veces de verosímil.

El verosímil en estado puro que actuaba aquí se identificaba con la simultaneidad. De modo que decir que después de la luz vinieron las banderas no es más que un modo de hablar. Las banderas de todas las naciones del mundo, las que habían flameado alguna vez y las posibles que las acompañaban en su recorrido por la Historia; en sus dibujos y colores, sus sedas o papeles o impresiones retinianas, se sostenían en la luz y los viajes. Un frondoso pompón de biombos separó la esfera completa del Universo dejando unas banderas adentro y otras afuera. De inmediato, se trataba del corte de pelo. Biombos. Decenas de millones de peluquerías, *coiffeurs*, tijeras, quedaban excluidas del Nuevo Mundo de la Cura, y otros tantos quedaban adentro.

Colaboraba con la simultaneidad el hecho de que en el proceso los biombos que trazaban una separación seguían su trayectoria un poco más allá (no había límites establecidos) y, un poco al azar, esbozaban una separación en otro rubro contiguo, en otros planos y niveles. El Doctor Aira aceptaba esas contribuciones del azar, porque no estaba en condiciones de rechazar ninguna ayuda. Asimismo, empezó a notar que un mismo biombo efectuaba más de una separación, por efecto de la superposición de campos en el sentido.

Se preocupaba moderadamente por el hecho de que cada «rubro» coincidiera con una palabra. No ignoraba que el Universo no puede discriminarse en palabras, y menos las de un solo idioma. También estaba usando frases («corte de pelo» era un caso), y más en general trataba de hacerse sordo a las palabras, de ponerse en un espacio más allá de ellas. Pero

constituían un buen punto de partida, por sus connotaciones y asociaciones, las llamadas «ideas afines». Así la palabra «sexo». Trazó un loco *zigzag* de biombo, dejando afuera una mitad de actividad sexual pasada y futura. Los haces de biombos que subían y bajaban, por los niveles de participante, placer, modalidad, etcétera, conformaban otra vez el consabido pompón. Por ser una materia especialmente delicada, hizo las separaciones con especial brutalidad. El paciente podría salir de la cama para enterarse de que no había tenido determinada amante, o que le gustaban los muchachos, o que una vez se había acostado con una china, pero todo valía la pena, si el precio era la vida. Que lo mismo le pasara al resto de los habitantes del planeta, incluidos los animales, era menos importante porque las memorias individuales, al poder funcionar sólo con la parte que quedara dentro del nuevo universo, no recordarían nada. Muchas bellas historias de amor se desvanecerían en el éter, y nunca habrían sido.

Los extremos de los biombos seguían excediendo los campos de sentido, y creando otros que de inmediato, casi por la inercia previa de su despliegue, cortaban en grandes *zigzags* salvajes. La astronomía. La capacidad de aprender a hablar de loros y mirlos. El motor diésel. Los asirios. El café. Las nubes. Biombos, biombos, biombos. La proliferación estaba teniendo lugar por todas partes, y había que estar atento para que no quedara ningún sector sin sufrir su correspondiente separación. Por suerte el Doctor Aira no tenía tiempo de notar el estrés al que estaba sometido. La clave era la atención, y quizás nunca un hombre empleó tanta como él durante esa hora. De haber sido menos seria la circunstancia, de haber podido adoptar un punto de vista más frívolo, se habría podido decir que todo el procedimiento era un incomparable creador de atención, el más exhaustivo que pudiera concebirse para ejercitar ese noble atributo de la mente. Y no se necesitaba un superdotado; un hombre corriente podía hacerlo (y con llegar a ser un hombre corriente el Doctor Aira se habría dado por satisfecho) ya que la Cura creaba toda la atención que exigía. No era como los juegos electrónicos, que siempre están intentando burlarla o esquivarla o adelantarse a ella; para usar ese símil habría que decir que el operador de la Cura era su propio juego electrónico, su propia pantalla y sus propias añagazas, que lejos de desafiar la atención la alimentaban. Con todo, el esfuerzo era sobrehumano, y quedaba por ver si el Doctor Aira podría soportarlo hasta el fin.

El desgaste no sólo era mental, sino también físico. Porque si bien los biombos eran imaginarios, el trabajo de desplegarlos y colocarlos en los vastos terrenos colmados del Universo era muy real. Los tomaba por el borde

superior, con los dedos índice y pulgar de las dos manos, y los abría estirando los brazos, y como eso casi nunca alcanzaba, debía desplazarse, con saltitos de costado... después volvía a retocar la línea, para acentuar o debilitar los ángulos; en general evitaba la línea recta, que se formaba cuando había estirado el biombo con mucha fuerza, porque la recta era demasiado tajante, y sus separaciones debían ser más matizadas: en las entrantes y salientes del biombo sin estirar podía quedar incluido o excluido un hecho, una singularidad, que por pequeño que fuera podía ser crucial; todo podía serlo.

Y había biombos que partían hacia arriba, o hacia abajo... Para seguir su trayectoria se ponía en puntas de pie, o se subía a una silla de un salto; si venía en bajada, se tiraba al piso y metía uno bajo la cama, bajo el borde de la alfombra, parecía querer hacer un agujero en el piso. Retrocedía, se adelantaba, mientras estiraba un biombo allá arriba, con la punta del pie modificaba los ángulos o la dirección de otro allá abajo. Como no veía nada más que sus biombos, y la selva de irisados elementos que hendían, sus desplazamientos en la habitación terminaban a cada momento con un choque con las paredes, con los muebles... Menudeaban los tropiezos, y se iba al suelo más de lo que estaba de pie. Según el impulso que hubiera adquirido, quedaba tendido cuan largo era o rodaba en aparatosas vueltas carnero; pero aprovechaba esas zambullidas involuntarias para tender biombos por sitios donde no habría llegado de otro modo. Todo era útil.

Su movimiento era incesante. Estaba cubierto de sudor, le chorreaba entre el pelo y tenía la ropa pegada a la piel. Iba y venía, subía y bajaba, sacudía cada célula del cuerpo, brazos y piernas se estiraban y contraían como tirados por hilos elásticos, y daba unos brincos de insecto. Su rostro, tan inexpresivo por lo común, se agitaba con las ondulaciones de un mar en la tempestad, sin detenerse en ningún gesto; los labios formaban toda clase de palabras fugaces, ahogadas bajo los jadeos, y cuando se entreabrían dejaban ver la lengua retorciéndose como una serpiente epiléptica. Si se hubiera podido seguir, a segundero detenido, el subir y bajar de las cejas, se habrían leído millones de sorpresas superponiéndose. La mirada, fija en sus visiones.

Desde afuera, y sin saber de qué se trataba, la práctica de la Cura se parecía a una danza, sin música ni ritmo, una especie de danza gimnástica, que se diría destinada a poner en forma a un espécimen todavía nonato de lo humano. Había que reconocer que era bastante demente. Parecía un Quijote, dando estocadas a enemigos invisibles, salvo que su espada era un manajo de biombos metafísicos, y su contrincante el Universo.

¡Paf! Un tropezón contra una silla y se iba al suelo de cabeza, con las dos piernas agitándose; su coronilla dejaba una mancha redonda de humedad en la alfombra; pero ahí abajo seguía trabajando: la mano derecha recorría un semicírculo amplio disponiendo un biombo que separaba alegrías y pesares de mahometanos; la izquierda tiraba atrayendo un poco otro biombo que había excluido demasiadas manzanas... ¡Ya estaba de pie otra vez, elevando el acordeón blanco de un biombo vertical que atravesaba niveles de realidad separando «tardes» de «tempranos»...! Y lo que parecía un zapateo para recuperar el equilibrio era una acomodación de dos biombos aplicados a la exclusión de determinados *rickshaws* y de ciertas conversaciones. Con el pecho, con el trasero, con las rodillas, con los hombros y a cabezazos, rectificaba posiciones de biombo, ángulos o inclinaciones, en un verdadero baile de San Vito. ¡Y pensar que esa marioneta grotesca estaba creando un nuevo Universo!

Así seguía. Podría haberse pensado que el espacio de representación del que disponía se iba a atestar, y se le iba a hacer incómodo seguir metiendo biombos. Pero no era así porque el espacio no era exactamente el de una representación, sino el de la realidad misma. De modo que la miniaturización operaba su propia ampliación. Como en un *big bang* unipersonal, el espacio se creaba en el proceso, no estaba esperando su llenado, y entonces dentro de cada pompón se formaba un Universo entero.

En honor de la realidad había dejado abierta la puerta del balcón. Por ella escapaban hacia el firmamento largas tiras de biombo. De algunas no veía siquiera qué estaban excluyendo, pero confiaba que de todos modos dejaran de este lado por lo menos una singularidad de cada ramo. Como suele suceder con los trabajos muy difíciles, llegaba un punto en que lo único que le importaba era terminar. Casi se desinteresaba de los resultados, porque el resultado que englobaba a todos los otros era terminar lo que había empezado. Realmente había que poner manos a la obra para comprobar qué exigente era la problemática del Todo, a qué presión de romperse la cabeza obligaba... Sólo viviéndolo lo comprobaba; todo cálculo o fantasía previos se quedaban cortos. Anhelaba ardientemente, aun sin tener tiempo para hacerlo, volver al modo humano, tanto más relajado porque permite todas las licencias. Y, sin embargo, lo que estaba haciendo era humano en el fondo, y dado el mecanismo de reabsorción automática que actuaba en la Cura, el deseo de terminar conducía al fin, el cansancio acercaba al descanso, la presión al relajamiento.

Y, en efecto, las varillas de los últimos batientes de cada biombo empezaban a soldarse con las de los biombos que habían terminado cerca, con lo que concluía el proceso de cerco de las áreas excluidas. Esas soldaduras se hacían solas, una tras otra, en cascadas de billones que hacían estallar el corazón del segundo, de los últimos segundos. Producían un aceitado chispazo blanco, en el negro profundo de la Noche. Tenía algo de pesadilla, ese «shluik...». A esa impresión de delirio febril contribuía el agotamiento del Doctor Aira, que en el extremo de sus fuerzas tenía náuseas, se ahogaba, le zumbaban los oídos y veía puntitos rojos.

Pero lo importante era que el cerco se hacía, y se formaba el nuevo Universo, tan inabarcablemente complejo como lo había sido hasta ahora el Universo viejo, pero distinto, y apto para que el cáncer de este hombre en la cama nunca hubiera sido... El trabajo de la Cura se completaba frente a sus ojos semicerrados por la fatiga, sus brazos caían, flácidos, las piernas apenas si lo sostenían, la habitación, que volvía a ver, valsaba en el mareo, y dentro de ella la cama con el paciente, los *spots*, los *cameramen*, las enfermeras, los familiares... Para la próxima vez, se dijo en medio de un agotamiento que lo idiotizaba, debía pensar en una máquina que tendiera los biombos por él. A la luz de un sistema automático, digno de los tiempos que corrían, este bailoteo al que se había librado quedaría como una prehistoria artesanal e imperfecta de la Cura. Pero antes de pensar en una improbable segunda vez, quedaba esperar el resultado de ésta.

Y era una espera realmente cargada de incógnitas. Ya al presenciar las soldaduras, en la súbita pasividad que éstas le permitían después de un compacto de acción sin respiro, había percibido que con cada «cierre» cambiaba el verosímil y volvía a cambiar con el cierre siguiente; los cierres, por supuesto, no se limitaban a sucederse sino que se acumulaban, hasta formar en definitiva un solo cierre. Era un caso extremo de «hacer cosas con palabras». La transposición de verosímiles era vertiginosa, y el Doctor Aira no tenía modo de saber dónde iba a quedar parado al final. De eso se trataba al fin de cuentas.

No tardó en saberlo. De hecho, en la sobredeterminación que habitaba el instante, el despertar lo estaba produciendo también una carcajada... que participaba de la pesadilla, pero en otro nivel. Las risas se reproducían a su alrededor, reordenando y dando sustancia al espacio del dormitorio, y a partir de él al de la mansión, y el barrio, y Buenos Aires, y el mundo. Sólo él tardaba en ordenarse, y en entender lo que pasaba; se conocía a sí mismo y estaba resignado a esos retrasos. Lo único que sabía por el momento era que

lo que pasara en la realidad a partir de ese momento dependía del ángulo de colocación de alguna aleta de biombo, no importaba lo remota que fuera, por ejemplo la que había aislado de este nuevo Universo de realidad una hoguera, o la chispa volante de una hoguera, en la prehistoria de los pueblos maoríes... En medio de las risas, sus ojos se abrían a un Nuevo Mundo, nuevo de verdad.

Y en este nuevo mundo los presentes se reían a carcajadas, los camarógrafos apagaban las cámaras y las bajaban de sus rostros, revelando que eran los dos falsos médicos de la ambulancia de la calle Bonifacio, y el enfermo, ahogado de risa, se sentaba en la cama, y lo apuntaba con un dedo, pero no podía decirle nada porque la risa se lo impedía... ¡Era Actyn! El miserable... ¡Todo había sido una puesta en escena suya! O al menos eso creía él. Lo cierto era que no se estaba muriendo, no tenía cáncer ni lo había tenido nunca, no era un empresario riquísimo... El verosímil había cambiado por completo. Las risas se justificaban, la alegría no podía tener más motivo. Después de años de intentarlo en vano, Actyn había logrado que el Doctor Aira produjera el papelón más grande de su carrera, el definitivo... Y lo era en realidad: el papelón como cambio de verosímil, es decir como huella visible, la única que podía quedar inscripta en la memoria, de la transformación de un Universo en otro, y por ello de la eficacia secreta de la Cura Milagrosa.

Pringles, 6 de septiembre de 1996



CÉSAR AIRA. Nació en Coronel Pringles en 1949, y desde 1967 reside en Buenos Aires, donde estudió Derecho y Letras. Desde 1970 se dedica a la traducción, donde es muy bien considerado, y comenzó a publicar sus propios textos en 1975. Colabora con ensayos y crítica literaria en varios periódicos y revistas y ha sido traducido a varios idiomas. Es autor de novelas cortas, relatos, obras de teatro y ensayo, y se caracteriza por su estilo muy personal, original y de tipo experimental. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios y galardones, como el Konex a las Letras, y ayudas a la creación, como una beca Guggenheim en 1996. De entre su obra habría que destacar títulos como *Cómo me hice monja*, *La cena*, *El tilo* o *Los misterios de Rosario*, entre otros, ya que Aira es un prolífico y variopinto escritor.

CÉSAR AIRA

Las curas milagrosas del Doctor Aira



Lectulandia